

HERMOSURA
DE
LA NATURALEZA
Y SENTIMIENTO ESTETICO DE ELLA

HERMOSURA
DE
LA NATURALEZA
Y SENTIMIENTO ESTÉTICO DE ELLA

POR
FEDERICO GONZÁLEZ SUAREZ
ARZOBISPO DE QUITO

con un preámbulo de
D. Marcelino Menéndez y Pelayo



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Impresores de la Real Casa
Paseo de San Vicente, núm. 20

1908



PREÁMBULO

CONOCÍ al autor del presente trabajo mucho antes de que llegase á la más alta jerarquía de la Iglesia ecuatoriana. Cautiváronme la afabilidad de su trato y el claro y cultivado entendimiento que en sus palabras resplandecía, y de que ya había dado muestras en algunos opúsculos de polémica religiosa, y las dió mayores en su *Historia general de la República del Ecuador*, obra notable por la erudición sólida y bien digerida, por la novedad de muchos puntos de vista, por el recto y severo criterio que la informa, y por

el estilo fácil, natural y brioso con que está compuesta. Tales dotes literarias, unidas á las no menos relevantes de orador sagrado y ardiente controversista, que habla y escribe con la enérgica libertad propia de un pecho verdaderamente sacerdotal, le llevaron á intervenir en ocasiones solemnes para la causa católica, tan amenazada en su país; y rodearon su nombre de una aureola de prestigio que no ha cesado de acrecentarse después de su elevación á la cátedra episcopal, y, por último, á la metropolitana de Quito. Tan excelsos méritos, bien conocidos aún en España por los que siguen con atención el desarrollo, para nosotros tan interesante, de las repúblicas americanas, dan importancia á cuantos escritos salen de la pluma del ilustrísimo Sr. Dr. Federico González Suárez. En

todos, aun en los más breves, compuestos como por recreación de mayores tareas, campea la elegancia nerviosa de su estilo y un cierto sabor y buen gusto de letras humanas, que no siempre se encuentra en los escritos de los teólogos y apologistas.

Buena prueba de ello es el presente opúsculo «sobre el sentimiento de lo bello en la Naturaleza», donde el autor expone en forma popular y amena, huyendo en todo lo posible del tecnicismo científico y de la abstracción doctrinal, algunos de los principios de la ciencia estética, haciendo de ellos aplicación á la historia literaria y al estado presente de la poesía, especialmente en las regiones americanas; y exhorta á los nuevos vates á buscar la fuente de su inspiración en el espectáculo de la grandiosa naturaleza que

los circunda, en vez de convertirse en humildes satélites de la poesía europea, y especialmente de la francesa, cuyos últimos extravíos, degeneraciones y amaneramientos, se empeñan en reproducir, hasta con la peculiar prosodia y métrica en que fueron expresados, tan diversa ó más bien antagónica de la nuestra.

Oportuno viene el consejo, y parece bien en labios de un Prelado, sobre todo cuando se repara que esta pervisión de notables ingenios no se limita á lo puramente técnico y formal, sino que suele unirse con graves aberraciones del sentido ético y con un falso y vicioso refinamiento de imaginación, que huye sistemáticamente de todo lo natural, humilde y sano, para complacerse en los caducos artificios de las sociedades decrepitas. Nace de

aquí una literatura enervada y muelle, cuyas sensaciones tocan en los lindes de la patología, y cuyo fondo, esencialmente egoísta y antihumano, va marchitando en las almas jóvenes, no sólo la pureza del sentir, sino todo aliento para las grandes obras de la vida, que es, en definitiva, el arte supremo en que todos debemos ser artistas, sea cual fuere el grado de nuestra capacidad estética.

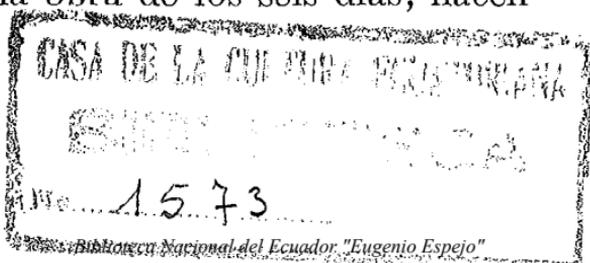
No constituye el *Estudio* del señor González Suárez, ni su autor lo ha pretendido, un tratado fundamental de la ciencia de lo bello, sino un ensayo de lo que modernamente se ha llamado *hísica estética*, que era la parte menos atendida por los antiguos tratadistas, dedicados principalmente á dilucidar el concepto metafísico de la belleza y á buscar su reflejo en las obras de arte

que la mente humana crea ó reproduce. El influjo dominante del idealismo hegeliano en la organización de esta ciencia nueva, hizo que en la obra del profesor de Berlín, clásica á pesar de sus graves errores, dominase en absoluto la *Filosofía del Arte* sobre las demás partes de la enciclopedia estética, apareciendo en gran manera rebajado el valor de lo bello en la Naturaleza; y aunque algunos de los discípulos de Hegel, principalmente Vischer, procuraron llenar este vacío, su obra quedó incompleta ó contradictoria por el vicio radical del sistema.

Existen, no obstante, diseminados en las obras más varias, y muy especialmente en las de los naturalistas, geógrafos y viajeros, gran número de materiales útiles acerca de la belleza cósmica, y de cómo esta belleza es sen-

tida y contemplada por el espíritu humano, y transformada por él en representaciones artísticas. Gran luz han dado sobre este punto las geniales intuiciones de Humboldt, la crítica elocuente de Víctor de Laprade, el delicado análisis del ginebrano Sécrétan y otros varios autores, no todos igualmente recomendables, puesto que en algunos de ellos la admiración de las bellezas naturales degenera en cierta especie de panteísmo físico, no menos peligroso que el antiguo endiosamiento del espíritu humano por las escuelas idealistas.

Educado el Sr. González Suárez en la pura escuela del espiritualismo cristiano, y versado, como sin duda lo está, en las admirables exposiciones de las maravillas naturales que, al tratar de la obra de los seis días, hacen



San Ambrosio, San Basilio y otros Padres de la Iglesia griega y latina, y desarrolla con elocuencia suma nuestro venerable Granada en la *Introducción del símbolo de la Fe*, ve en la Naturaleza el reflejo de las perfecciones de la belleza increada, y en tódas y en cada una de las criaturas unas como letras quebradas y dispersas que declaran la omnipotencia y sabiduría de su divino Autor. Entendida de este modo la belleza natural, sin mezcla de interpretaciones simbólicas ni teosóficas, se convierte á su vez en dechado, no de todas las formas artísticas, porque algunas de ellas reflejan la poesía del puro espíritu, sino de todas las artes gráficas y descriptivas, y, en suma, de todas aquellas donde el mundo objetivo principalmente interviene. Pero es claro que la Natura-

leza sólo tiene valor estético en cuanto es manifestación del orden, y es, por decirlo así, una armonía viviente, y en cuanto esta armonía es percibida por el espíritu humano, que responde á ella con aquel otro género de armonía que llamamos *arte*, reflejo también de las perfecciones trascendentales del ser, en el entendimiento creado.

De esta doctrina hace el Sr. González Suárez varias é interesantes aplicaciones al arte literario de la antigüedad y de los siglos cristianos, siendo dignas de notarse sus ingeniosas y agudas observaciones sobre el sentimiento de la Naturaleza en los ascéticos castellanos. Pero, á mi entender, la parte más original de este trabajo crítico es la que se refiere á la literatura americana. Y como si el autor hubiese querido predicar con el ejemplo,

traza en algunas páginas bellísimas, sin duda las mejores de su opúsculo, un cuadro espléndido de la naturaleza ecuatorial, que por sí solo encierra más poesía que muchos volúmenes de versos.

M. Menéndez y Pelayo.

Madrid, 9 de Noviembre de 1907.



Hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella.

ADVERTENCIA

NUESTRA intención no es escribir un tratado filosófico acerca del sentimiento estético que causa en nosotros la belleza de la creación material, ni nos proponemos investigar en qué consiste la belleza, ni cuáles son los elementos metafísicos que la constituyen: lo único que deseamos es hacer unas pocas reflexiones en punto á la hermosura de la Naturaleza y á la emoción que la contemplación de ella excita en nuestro ánimo.

La belleza existe en los objetos; mas ¿en qué consiste la belleza? ¿Cuáles son las condiciones esenciales de ella? ¿De qué depende la belleza? ¿Cuál es su concepto verdadero, exacto y preciso? Todas estas son cuestiones filosóficas, en cuyo estudio no queremos ocuparnos ahora.

La belleza se percibe: la belleza, percibida en los objetos, produce en nuestro ánimo una emoción agradable. El análisis del concepto de la belleza, el examen del modo cómo se forma ese concepto y de la naturaleza del sentimiento estético que lo produce, son cuestiones metafísicas, ninguna de las cuales pretendemos tratar en estos *Estudios literarios* (*).

La belleza puede expresarse de diversas maneras: la expresión de la belleza ha dado

(*) El presente opúsculo forma parte de ellos.

origen á las Bellas Artes.—No obstante, aquí no intentamos tratar ni del arte en general, ni de la realización de las obras artísticas en particular. Este nuestro *Estudio sobre la hermosura de la Naturaleza y el sentimiento estético de ella*, no tiene pretensiones filosóficas ni literarias: es una serie de reflexiones sencillas acerca de un asunto que puede interesar á todos. El sabio no ha de encontrar aquí sabiduría.

¿Cuál es nuestro propósito? Discurrir, llana y sencillamente, sobre un asunto literario, exponiendo, sin pretensiones científicas, nuestras ideas acerca de la hermosura del Universo corpóreo. Quizá la poesía, ó, mejor dicho, la Musa ecuatoriana, volverá sus ojos hacia los objetos naturales é inflamará el estro de nuestros poetas. Qué, la poesía, ¿acaso no debe ser nacional? ¿Por qué ha de desdeñar los elementos propios y genuinos del arte?

¿Para qué ha de ir á buscar fuera los elementos del arte verdaderamente nacional?..... Por desgracia, al arte en general, y á la poesía en particular, le faltan en América la dirección atinada de una crítica literaria fundada en los indiscutibles principios del buen gusto: la poesía anda á tientas y le es menester la docta disciplina de la crítica para que la guíe y la conduzca por buen camino. El arte tiene leyes, y esas leyes nunca pueden ser violadas impunemente.



CAPÍTULO PRIMERO

Principios generales.

El sentimiento de la Naturaleza.—Dos estados del ánimo. —Percepción de la belleza en los objetos materiales.—Ejemplos.—Sentidos estéticos.—Condiciones para que los objetos materiales causen emoción estética. — Observaciones críticas. — El punto de vista pagano y el punto de vista cristiano con relación al sentimiento de la Naturaleza.—La ciencia de las cosas naturales y la Poesía.—¿Deberán estar divorciadas?—Relación entre la ciencia y la Poesía.

I

UNA de las fuentes de inspiración poética es, indudablemente, la Naturaleza, es decir, el Universo corpóreo, la vasta, la inmensa creación material. El espectáculo del cielo, de

la tierra firme, del mar; la contemplación de los campos, de los ríos; la vista de las plantas, de los árboles, de los bosques, de los animales, de las aves; la presencia de las lluvias, de las tempestades, de los vientos, de la luz; en fin, las escenas y los fenómenos del mundo físico pueden ser y son, en efecto, fuentes de inspiración poética (1).

(1) En todos los autores modernos que tratan de Estética, y aun en algunos de los antiguos, se habla de lo que se denomina en la ciencia de lo bello el *sentimiento de la Naturaleza*: citar, pues, escritores no es oportuno ni necesario; con todo, no dejará de ser conveniente mencionar algunos de los que han escrito de propósito sobre este asunto.

HUMBOLDT, *Cosmos*. Ensayo de una descripción física del mundo. (En el tomo segundo de esta célebre obra, trata Humboldt de lo que él llama Reflejo del mundo exterior en la imaginación del hombre, y con este motivo diserta acerca del modo cómo en las diversas naciones se ha solido expresar el sentimiento estético de la Naturaleza.) Nos referimos siempre á la

Hay en nuestro sér dos estados del ánimo: uno, el estado ordinario, y otro, el estado poético; éste dura muy poco, aquél permanece de una manera constante: el estado poético es transitorio, pasajero; á veces, hasta rápido y fugitivo: es una interrupción momentánea del estado ordinario.—Estamos tranquilos: todas las facultades de nuestra alma se mantienen en equilibrio; mas, de repente, percibimos un objeto material; nuestros ojos nos han puesto en comunicación con el mundo exterior: ¿qué

traducción francesa de esta obra, hecha por Galuski. París, 1855.—VÍCTOR DE LAPRADE. *El sentimiento de la Naturaleza*. (Esta obra consta de tres partes: los Prolegómenos, Historia del sentimiento en la Naturaleza antes del Cristianismo, Historia del sentimiento de la Naturaleza entre los modernos. Aunque el autor es muy recomendable, sin embargo, sus teorías no pueden aceptarse sin la debida reserva.)—SOUBEN, *Las manifestaciones de lo bello en la Naturaleza*. Esta obra y la anterior están en francés.

es lo que ha habido?—En realidad, lo único que ha habido es una sensación externa, un fenómeno ordinario y común; pero en nuestro ánimo ha ocurrido una novedad: nuestra alma se ha conmovido, ha sentido una emoción plácida con la vista de un objeto físico, de un espectáculo material. Un objeto bello ha sido la causa de esa emoción. Hemos visto con frecuencia (acaso todos los días) objetos análogos, y la vista de ellos no ha alterado ni un momento el estado ordinario de nuestro ánimo; por lo mismo, en ese objeto nuevo, que acabamos de ver ahora, hay algo que en los otros objetos no había; y ese algo es lo que ha tocado nuestra alma: una mano, suave y delicada, ha pulsado en lo íntimo de nuestra alma cierta fibra que, de ordinario, se suele mantener en reposo, y así como esa fibra fué ocaída, al toque correspondió la emoción.

¿Qué cosa más ordinaria que un árbol?.....

Todos los días estamos viendo árboles..... De repente, la vista de un árbol nos conmueve suavemente, y experimentamos que un cierto delirio del ánimo se apodera de nosotros involuntariamente: en ese árbol, que vemos ahora por la primera vez, y que antes no habíamos visto, hay, sin duda, un algo que en los otros árboles no se encuentra: ese algo es lo que constituye la belleza del objeto. Será la forma exterior, será su tamaño, serán á la vez sus cualidades exteriores juntas. La forma, la magnitud, su frondosidad, el color de sus hojas, las flores, que matizan el verdor de sus ramas; la lozanía de su vegetación, la sombra que produce su ramaje: he aquí las condiciones exteriores que, rápidamente percibidas, causan una emoción agradable.

Para que la contemplación de los objetos naturales cause en nosotros esa emoción agradable, es necesario que nuestro cuerpo esté

sano, y nuestra alma tranquila: los objetos, aunque en sí mismos sean hermosos, pueden, no obstante, dejar de serlo para el espectador.—Nuestros ojos deben estar sanos y á conveniente distancia respecto del objeto contemplado. Pero eso no basta: es indispensable que no temamos daño ninguno para nosotros, considerándonos en relación con el objeto. Ese mismo árbol, tan hermoso y cuyo aspecto nos encanta, dejará de parecernos hermoso si se nos dice que de él emanan efluvios dañinos, ó si se nos hace saber que de sus ramas estuvo colgado el cadáver de una persona amada, á quien sus enemigos asaltaron y asesinaron en aquel lugar.

El espectáculo de los sitios que en la América equinoccial llamamos *Valles calientes*, no puede ser más hermoso. Las quiebras del terreno, las ondulaciones de las colinas y de los cerros, la exuberante vegetación, lo frondoso

de los bosques, lo abundante de las aguas, lo caudaloso de los ríos, todo contribuye á dar á los valles ese aspecto agreste y variado, que los hace hermosos, con una hermosura grave, austera, que provoca á la meditación y al recogimiento..... Pero en esos valles hay emanaciones deletéreas; el calor es sofocante; se respira un aire caldeado; el vigor corporal languidece, el ánimo se encuentra inquieto, y las molestias corporales y el temor de las enfermedades dan al traste con la emoción estética: el espíritu concentra toda su energía en el instinto de la propia conservación, y el alma se pone broncea para las impresiones de lo bello.

II

En los objetos hermosos debemos distinguir su estado, ya de quietud, ya de movi-

miento; y su condición acústica, según sea la naturaleza de los ruidos ó sonidos que emitan. Hay belleza en el ruido, y hay belleza en el silencio.

La belleza del sonido es el fundamento del arte de la Música; así como la belleza del movimiento ha dado origen al arte de la Danza y del Baile.

Los sentidos corporales encargados de transmitir al alma las impresiones de la belleza, son solamente dos, la vista y el oído: esos son los sentidos estéticos en la economía de la vida del hombre, como parte inteligente de la creación material.

Mas, conviene distinguir en el estudio de la estética del Universo corpóreo la impresión que la hermosura de los objetos causa en el ánimo del espectador, y el recuerdo de esa impresión.—El alma toda entera, dirémoslo así, es la que siente la impresión de la belle-

za: luego, cuando el objeto bello se quita de la vista, el alma todavía lo sigue mirando: la imaginación se lo lleva, estampado en ella con sus propios colores; la memoria alza, cuando quiere, el velo que cubre el objeto, y el alma lo vuelve á contemplar dentro de sí misma. Sin embargo, la emoción que causa el recuerdo del objeto bello, es menos viva que la que se recibe con la vista material de él, aunque el placer espiritual sea más intenso.—¿De dónde proviene esa mayor intensidad?—Esa intensidad mayor se debe, según nuestro juicio, á la reflexión de la inteligencia: la emoción estética que causa la presencia material del objeto, es un placer inconsciente; la emoción que proviene del recuerdo, es un placer reflexivo.

Las creencias religiosas son un elemento esencial para que el alma se encuentre más ó menos dispuesta á recibir la emoción estética

de la naturaleza corpórea: la emoción podrá casi desaparecer, según fuere el estado religioso del ánimo.

El hombre se ve, en medio del Universo material, rodeado de seres, con quienes anhela ponerse en comunicación: el aislamiento le aterra, pues su naturaleza, inteligente y capaz de afectos, le hace buscar irresistiblemente la comunión social con todo cuanto le rodea.

Los paganos poblaron el mundo de dioses y de diosas invisibles, y en todas partes imaginaron divinidades ocultas: el hombre, ni las veía, ni las oía, ni las sentía; pero era visto y observado por ellas. De ahí se originaba ese sentimiento de miedoso respeto que los paganos sentían ante los objetos naturales que componen el Universo corpóreo: como no tenían ideas exactas acerca de la Divinidad, lo único que les conmovía era el recelo, el temor

de que las deidades, ocultas é invisibles, les hiciesen daño. Su alma no estaba, pues, en condiciones favorables para sentir la emoción que produce la hermosura de los objetos naturales cuando se los contempla con el ánimo sereno.

El Cristianismo ha modificado completamente la disposición del ánimo en presencia del Universo corpóreo, porque la Religión revelada nos ha hecho conocernos bien á nosotros mismos; nos ha manifestado cuáles son nuestro origen y nuestro destino; nos ha enseñado á adorar á Dios en espíritu y en verdad, y nos ha dado acerca del Criador y de sus divinos atributos ideas antes ignoradas, nociones elevadísimas y noticias sublimes. Por la Revelación sabemos que la tierra es para nosotros los mortales un lugar de prueba, un punto donde vivimos desterrados, pues nuestra patria, el lugar de nuestro descanso,

está en la eternidad. La fe cristiana ha enseñado al hombre á amar á Dios como á Padre, y esta sola verdad, conocida por el hombre, no podía menos de cambiar enteramente el sentimiento estético respecto de la Naturaleza. El hombre se reconoció á sí mismo como rey de la creación, y se vió en medio del mundo como una criatura privilegiada, objeto de la solicitud paternal de la Providencia. Comenzó á contemplar el Universo corpóreo con ánimo sereno; abrió su alma á las plácidas emociones de lo bello, y gozó: la hermosura de lo criado le hizo saborear anticipadamente una gotilla de aquel océano de dulcedumbre en que será anegada el alma con la vista clara de la Esencia Divina, en la región de la inmortalidad.

Según sean, pues, las creencias religiosas, así será también el alma más ó menos idónea, para percibir lo bello en la Naturaleza, y para

gozar percibiéndolo.—El ateísmo (si ese estado del alma fuera sinceramente posible) despoja á la Naturaleza de toda su encantadora hermosura: ¿qué vendría á ser el mundo para un ateo sino un hacinamiento confuso de objetos materiales, sin ningún orden, sin ninguna armonía, sin ningún fin determinado?

Hegel, en su célebre tratado de Estética, habla acerca del arte con gran acierto; pero no dice nada en punto á las manifestaciones de lo bello de la Naturaleza: sus ideas panteístas le tenían enturbiada la vista del alma, y lo hacían ver el Universo corpóreo con esa luz opaca del crepúsculo vespertino, que decolora todas las cosas y las va vistiendo de luto. Así se explica cómo un filósofo tan hábil para discernir hasta los más tenues lineamientos de la belleza artística en una estatua griega, haya sido ciego respecto de la hermosura de la Naturaleza. No creía en Dios:

vió la belleza realizada por la mano miserable del hombre, pero no pudo ver la belleza de las obras de la Sabiduría increada.

III

En estas obras hay tres grados de hermosura: unas son graciosas, agraciadas, sin llegar á ser enteramente bellas; otras son en realidad bellas; en algunas lo bello es intenso, tan sorprendente, que raya en lo sublime. El aspecto de un objeto gracioso recrea el ánimo; lo agraciado es risueño, suave, apacible. La belleza deleita y á la vez causa admiración. Á la vista de lo sublime, el alma siente su pequeñez, se anonada y teme. Los espectáculos sublimes de la Naturaleza no pueden contemplarse sin horror.—De este modo, el sentimiento de la Naturaleza no está nunca

aislado en nuestra alma, ni excita en ella solamente un afecto: causa una fruición indefinible, mezclada de alegría serena y de admiración reposada, ó de asombro con estremecimiento de terror, según sean las cualidades del objeto.

La magnitud de los objetos, su estado de quietud ó de movimiento, su silencio, causan una impresión más ó menos profunda, que á veces llega á lo sublime.—Las llanuras extensas, uniformes, cuyos límites se confunden con los del horizonte, son hermosas si están vestidas de hierba, y si la hierba se halla verde: cuando ella está agostada, el aspecto de la llanura, en vez de ser halagüeño, es grave, serio. No es una llanura verde, es un terreno inmenso, cubierto de arena, seco, árido: su vista causa una impresión abrumadora; el alma comienza á angustiarse, y una melancolía inesperada va ocupando por mo-

mentos los senos del espíritu. Al cuadro, de suyo austero, que presentan los arenales desiertos, démosle algunos toques ó pinceladas. Es la hora en que el sol se levanta en el oriente; la llanura está tranquila, el viento no sopla todavía; la arena, medio humedecida por el rocío de la madrugada, está en reposo; las huellas de los caminantes no se han borrado aún: el alma admira, pero no se abate. Viene la tarde: el sol se ha ocultado ya, las sombras van invadiendo el desierto, un silencio profundo reina en derredor: el alma ya no admira, se repliega dentro de sí misma, teme.— La luz, la vida, el movimiento, modifican, pues, muchísimo el sentimiento de la Naturaleza.

En los poetas de la antigüedad clásica hay pocas descripciones de escenas y de espectáculos naturales; pero cuando describen algún sitio ó lugar, lo hacen con tanta verdad,

quo lo retratan á la vista con rasgos propios. Si el objeto no existe en realidad, entonces la descripción es una pintura convencional, hecha ordinariamente con sobriedad de colorido y unas cuantas pinceladas de mano maestra. Ni los griegos ni los romanos describen por sólo describir.—En los poemas de Homero hay descripciones sencillas y muy naturales, pues nadie ha sido tan observador de la Naturaleza como el padre de la poesía griega. Virgilio es pintor admirable: sus cuadros son pocos, pero trabajados con arte primoroso. En las *Geórgicas* se lee con admiración la pintura del invierno en la Escitia. He aquí algunos rasgos: Las barbas se paran híspidas, con los cámbanos endurecidos. No cesa un punto de nevar: los ganados perecen: entre montes de hielo yacen tendidos, muertos, bueyes corpulentos: manadas enteras de ciervos quedan presas y entumecidas, y apenas se divisan por

entre las moles enormes de hielo las enhietas cornamentas.

Intereunt pecudes, stant circumfusa pruínis.

Corpora magna boum: conferloque agmine cervi

Torpent mole nova, et summis vix conibus extant (1).

En las descripciones de objetos naturales se puede faltar á la verdad de dos modos. Si el objeto descrito no tiene las señales, las circunstancias, los rasgos con que lo describe el poeta, por más hermosa que sea la descripción, no será exacta, porque carecerá de verdad: la descripción ha desfigurado el objeto descrito.—Otras veces, las descripciones son puramente imaginarias, y los objetos descritos no existen en el orden de los seres reales.—Este fué un defecto general en la poesía

(1) *Geórgicas*, lib. III.

castellana del siglo décimoséptimo, principalmente en los poemas épicos que en aquella centuria se compusieron.

Sucede también que los poetas faltan á la verdad local: describen bien un sitio ó un paisaje, pero el sitio ó paisaje descrito es el sitio ó paisaje de Europa, por ejemplo, y no de América.—La Naturaleza huye siempre de la identidad; y es tan rica en la variedad de las formas, que no se encuentra nunca un objeto que sea en todo semejante á otro: la exactitud requiere, pues, verdad local. Una montaña no es idéntica á otra: hasta en la monotonía de los desiertos se encuentra variedad. La excelencia de la descripción está en la exactitud local. ¿Qué importa que la descripción sea hermosa, si lo descrito por el poeta no se halla allí, donde el poeta lo describe?

No se ha de confundir la descripción meramente poética ó literaria, por exacta que

sea, con la descripción científica. El sabio, cuando contempla la naturaleza, se propone el conocimiento de los objetos materiales; y, para eso, los descompone y analiza, investiga sus cualidades y toma en cuenta todas sus relaciones.—El fin de la ciencia es instruir; el fin de la poesía es deleitar: la ciencia persigue la verdad en las cosas; la poesía no busca sino la belleza; para el sabio, el objeto es verdadero; para el poeta es bello. Sin embargo, la ciencia pide á la poesía sus colores y sus armonías, para hacer menos áridas, más atractivas é interesantes, las descripciones científicas; porque un divorcio completo entre la ciencia y la poesía no podría menos de ser perjudicial para el adelantamiento y para la difusión de los conocimientos humanos.—El buen gusto gobierna la pluma del sabio; y, aunque emplea primero la balanza, la regla, el compás, en el examen de los objetos, lue-

go, cuando quiere darlos á conocer, toma de la paleta de la poesía colores, á fin de que lo ameno haga más agradable lo científico. ¿Quién ha descrito con más rigurosa exactitud científica los *Cuadros de la Naturaleza*, que Humboldt?—No obstante, ¡cuánta hermosura hay en esas páginas!..... La ciencia y la poesía, á una, han puesto en ellas la mano. Lo bello no empece nunca á lo verdadero; y la ciencia se hace más agradable cuando la poesía le presta los hechizos seductores de su hermosura.

A946



CAPÍTULO II

Notas y observaciones.

El Cristianismo y el sentimiento de la Naturaleza.—
El Evangelio.—La contemplación de la Naturaleza
y el alma de los santos.—Recuerdos y citas históri-
cas.—Los místicos castellanos.—Una palabra sobre
la poesía bucólica castellana.—La escuela pinto-
resca en la literatura francesa moderna.—Chateau-
briand.—La expresión del sentimiento de la Natu-
raleza y la literatura hispano-americana.—Escrito-
res y poetas colombianos.—La *Cumandá* de Mera.

I



¿QUÉ es la Naturaleza para el poeta?—El
Universo corpóreo, para un verdadero
poeta, sinceramente cristiano, es obra de Dios,
y lleva, hasta en los objetos al parecer más

despreciables, el sello de la diestra adorable de su autor. Dios, el Dios del Cristianismo, el único Dios verdadero, es infinitamente sabio é infinitamente bueno; y, cuando sacó de la nada el Universo material, no pudo menos de estampar sobre todos los seres que lo componen, la semejanza de su propia inefable hermosura. Ese rayo de la hermosura infinita, que de la faz augusta del Todopoderoso cayó sobre las criaturas las revistió de hermosura, las hizo bellas, las hizo amables: la Naturaleza es hermosa, porque participa de la santa hermosura de Dios. ¿Qué viene, pues, á ser el sentimiento de la Naturaleza, sino la percepción de la hermosura de Dios, reflejada en las criaturas? ¿Cómo no han de ser ellas hermosas, si llevan impreso el sello de la bondad divina? ¡Ah, la bondad divina!..... Jesucristo, el Hombre-Dios, el Maestro venido del cielo, nos ha enseñado á contemplar la bondad di-

viná en las criaturas..... Con una sencillez llena de sublimidad, les decía á las turbas que se amontonaban á oír su asombrosa predicación: «Observad á las aves del cielo: ellas no sicmbran, ellas no cosechan, ellas no tienen mieses guardadas en trojes.....; empero no perecen de hambre, porque vuestro Padre celestial tiene cuidado de alimentarlas.» Mientras el Señor hablaba así, las turbas veían cómo las bandadas de cuervos volaban, satisfechas y contentas, en las orillas del lago de Genesareth.

«Poned los ojos en los lirios del campo, decía también el Maestro divino: ellos no hilan, ellos no tejen, y, con todo eso, ni Salomón, en los días de su mayor poderío, estuvo vestido tan galanamente como una de esas flores, que hoy está hermosa, y mañana yacerá marchita por el suelo.» No puede haber cosa más divinamente graciosa que la

contraposición entre Salomón y los lirios de Galilea; entre la magnificencia del Rey sabio y la hermosura de las flores. ¡La anémona purpúrea de Galilea y Salomón en competencia de gala, de lujo en el vestir!..... ¡Y Salomón vencido por esa flor, que el galileo toscó hollaba á cada paso en las faldas del Carmelo y del Tabor!..... ¿Nunca hemos parado mientes en los primores celestiales, en las elegancias divinas de la predicación de Jesucristo?—El Poeta celestial, el predicador divino, notad cómo hace uso, con un donaire graciosísimo, de las personificaciones, para dar viveza y energía á su lenguaje, y grabar así mejor en la mente ruda de sus oyentes sus máximas santificadoras..... ¡Las flores no hilan ni tienen telares en que tejer sus vestidos!..... ¡Las aves no siembran, no cosechan, no tienen graneros donde entrojar las mieses!..... *Volatilia coeli non serunt, neque metunt, ne-*

que congregant in horrea..... Lilia agri non laborant neque nent (1).

De esta manera de considerar el Universo corpóreo, tan nueva, tan noble, tan digna de la criatura racional, destinada á una vida de inmortalidad inefable, ha provenido ese delicado sentimiento de la belleza que de las cosas naturales han tenido los santos y todas las almas contemplativas. — San Gregorio Nacianceno, cuando estaba ya anciano, se deleitaba en observar las conchitas de la playa del mar; y en el vaivén de las olas que jugaban con las conchas encontraba un espectáculo placentero: paseándose por la orilla, se quedaba suspenso y meditabundo, mirando el ir y venir de las olas. San Gregorio no era

(1) Evangelio de San Mateo (cap. VI, v. 26-30). LE CAMUS, *La vida de Nuestro Señor Jesucristo* (t. II, sección, 2.^a, cap. VIII).

sólo teólogo profundo, sino también poeta místico.

San Pablo de la Cruz, asimismo, cuando estaba ya anciano, se paseaba por el campo, y, viendo las florecillas, las golpeaba blandamente con su bastón, y como quien reprende, les decía: «¡Callad, parleras, ya os entiendo!.....» La sola vista de una flor le arrobaba, porque en la hermosura de las humildes violetas del campo contemplaba algo secreto, lo divino, que no siempre aciertan á ver todos con los ojos del cuerpo.

¡Cuán hermoso encontraban, cuán significativo, los antiguos monjes el canto del gallo!..... ¡Qué recuerdos no despertaba en su alma ese canto, cuando lo oían por la mañana, al rayar la aurora en cada nuevo día!..... El himno que se cantaba á la madrugada en el coro, el himno de Laudes del Oficio divino, era en varias épocas del año una composición

poética sobre el canto del gallo ;ese canto asociado providencialmente á los conmovedores recuerdos de la Pasión del Redentor!..... (1).

II

Entre los santos, acaso ninguno ha poseído en más alto grado que San Francisco de Asís el sentimiento estético místico de la Naturaleza.—El suceso con el lobo de Gubio es encantador: «Déme usted, hermano lobo, le dijo el Santo á la fiera; déme una señal de que de

(1) Véase en el Breviario romano el himno que se canta en los Laudes del oficio de Dominica en el tiempo litúrgico que sigue á la fiesta de Pentecostés. El himno comienza con estas palabras: *Aeterne rerum Conditor*. Su autor fué San Ambrosio, Arzobispo de Milán, Padre del siglo IV de la Iglesia.

hoy en adelante cumplirá su palabra de no volver á hacer destrozos en los rebaños.» La bestia alargó la pata derecha, y suavemente la puso en la mano del Santo, á la vista del numeroso concurso que miraba atónito un espectáculo tan nuevo.

Los trinos de la alondra, el piar de las golondrinas, el balido de las ovejas, le causaban al Santo el efecto de una música regalada y le arrobaban el alma, ¡esa alma tan delicadamente estética, que no podía mirar con indiferencia ni una hierbecilla, ni un gusano, y que se quedaba extática ante la hermosura espléndida del Sol!..... El hermano Sol, *il frate Sole*, como decía el seráfico Padre, entrando en comunicación de religiosa fraternidad con todas las criaturas, porque todas ellas eran, como el hombre, hechuras del Hacedor Supremo, del Padre que está en el Cielo.

San Francisco compuso un himno y lo en-

regó á Fr. Pacífico, el cual en el siglo había cultivado mucho el arte de trovar, y había sido muy celebrado por su saber en la gaja ciencia; Fr. Pacífico debía poner en metro los pensamientos del Santo.—El himno de San Francisco á las *criaturas* es una de las joyas literarias de la literatura toscana en el siglo décimotercio (1).

Entre los escritores ascéticos merece un recuerdo especial San Francisco de Sales, por su nada común sentimiento de la belleza de la creación material. En las obras ascéticas

(1) LE MONNIER, *Historia de San Francisco de Asís*. (Del amor que San Francisco de Asís sentía á la Naturaleza han hablado todos los biógrafos del Santo; entre los modernos son muy conocidas la historia escrita por Chavin de Malan y la obra en castellano dada á la luz por la Sra. Pardo Bazán.)—La narración de Le Monnier y su espíritu crítico son muy recomendables. Citamos la tercera edición. París, 1890.

del Santo, y hasta en sus cartas familiares, abundan las comparaciones tomadas de los fenómenos naturales, de los árboles, de las plantas, de las flores, de las aves. Esas comparaciones son siempre graciosas; á veces muy naturales y espontáneas; algunas no dejan de ser muy ingeniosas; pero de ordinario, el santo Obispo recarga de ellas su estilo y las agrupa con profusión, sin necesidad y hasta con redundancia.—La imaginación de San Francisco de Sales parece haber sido muy viva: con espíritu reflexivo, inteligencia clara y corazón que rebosaba en mansedumbre, se complacía de preferencia en los objetos graciosos. Sus símiles son amenos; era abeja sin aguijón, ¡sabía extraer miel hasta del ajeno! —En sus escritos campea la claridad; y si, literariamente considerados, merecen algún reproche, será más bien por su exuberancia de amenidad que por su aridez. ¡Aridez y en

San Francisco de Sales!..... Esa alma generosa estuvo siempre florida, para ella no hubo invierno helado: su virtud fué siempre risueña, como el campo en primavera.

Después de San Francisco de Sales, no vacilamos en citar á Santa Teresa de Jesús como una de las almas dotadas de un sentimiento estético delicadísimo para percibir la belleza de las cosas naturales: la Santa dice que le agradaba contemplar el campo, los árboles, los panoramas de la naturaleza. Á las almas contemplativas esta dote natural del sentimiento estético de la hermosura de las cosas criadas, les sirve grandemente para elevarse á la consideración de las cosas divinas: viven desprendidas de lo terreno, tienen su corazón puesto en Dios, y miran el Universo como su espejo, en el cual se encuentra la imagen de la hermosura inefable del Criador.

Montalembert, el inolvidable Conde de Mon-

Montalembert, á quien tantos servicios debe la causa católica en Francia, ha dedicado un libro entero de su erudita *Historia de los Monjes de Occidente* á tratar de las relaciones de los monjes con la Naturaleza. Al través de las ficciones piadosas con que la leyenda ha exornado los hechos de los monjes y de los cenobitas, se descubre la realidad de aquel sentimiento exquisito de la Naturaleza, que despunta en el alma y se afina cuanto más se desprende del amor desordenado á las cosas terrenales. En la sobria narración de Montalembert, lo que pudiéramos calificar de égloga monástica se halla contado con una circunspección tan docta y tan mesurada, que los hechos maravillosos no pueden menos de creerse, reflexionando en la noble moralidad social que todos ellos entrañan.—La pluma magistral de Montalembert ha trazado en la *Historia de los Monjes de Occidente* páginas

de una belleza literaria grave y austera, dignas indudablemente del venerando asunto que se había propuesto relacionar (1).

No será por demás recordar aquí el nombre del P. Faber.—En los libros ascéticos del piadoso oratoriano inglés se notan dos cosas: el encanto con que observaba la Naturaleza, y el empleo que de sus conocimientos en ciencias naturales hacía para meditar en los misterios revelados. De ahí esa elevación de su estilo; de ahí ese fervor místico, que se va encendiendo por grados, á medida que va discurrendo sobre las cosas de Dios, hasta transformar su prosa, amplia y clara, en un verdadero poema en el que el lirismo campea holgadamente.

Entre los escritores ascéticos castellanos

(1) MONTALEMBERT, *Los Monjes de Occidente*.

sería grave injusticia no recordar los nombres, por muchas razones clarísimos, de los PP. Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de León y San Juan de la Cruz.

El Venerable Luis de Granada es uno de los más insignes escritores del famoso siglo de oro de la literatura castellana: ¿quién lo ignora? ¿quién no lo confiesa?..... En la extensa explicación, que de la doctrina cristiana compuso, con el título de *Símbolo de la fe*, se encuentran descripciones de cosas naturales, hechas con una sencillez tan natural y, al mismo tiempo, tan elocuente, que hechiza y conmueve. Ciertamente que en estas descripciones no habrá originalidad, porque el P. Granada se servía de la *Historia natural* de Plinio; pero no por eso dejan de ser hermosas y de manifestar cuán candorosa, cuán delicada para las impresiones de lo bello era el alma meditabunda del insigne Maestro dominicano.

¿Hablares del mérito literario de esas descripciones?..... La riqueza del idioma castellano, la donosura de las frases, lo gracioso de las pinturas, lo original de ciertas expresiones..... ¿Por qué el *Símbolo de la fe* está ahora tan olvidado, hasta de los mismos literatos castellanos?.....

Si el Venerable Granada era observador piadoso de la hermosura de las cosas criadas, el P. Fr. Luis de León era un verdadero poeta, en cuya alma, riquísimamente dotada de sentimiento estético, causaban honda impresión los espectáculos de la Naturaleza.—Parece que Fr. Luis de León no viajó mucho, ni aun dentro de España, de donde, tal vez, no saldría nunca: acaso, no bajó ni al reino de Andalucía, y vivió solamente en las dos Castillas: las márgenes del Tormes fueron el mundo, do cuya belleza quedó enajenada su alma. Las llanuras extensas de Castilla, esas llanu-

ras despobladas, desnudas de árboles, y donde unos cuantos pinares ralos asoman de trecho en trecho, para aliviar la fatiga de la vista, maltratada con la monotonía de la aridez, que se dilata, que se prolonga legua tras legua, ese ha de haber sido el espectáculo que el P. León estaba mirando de continuo. En las orillas del Tormes la vegetación se sonríe, los prados comienzan á estar galanos; en los árboles hay una cierta gallardía, modesta y apacible; los matices de verdura de las hojas son suaves, y hasta las aguas del río van dando vueltas con calma y murmuran moderadamente. Este paisaje es el paisaje que recrea y embolesa en las admirables páginas de *Los nombres de Cristo*..... ¿Qué páginas habrían sido las de Fr. Luis de León, si el gran Maestro salmantino hubiera contemplado otros espectáculos naturales?

Con los escritores ascéticos castellanos su-

ceden, ordinariamente, dos cosas: ó se los leen sólo para aprovechar de su doctrina mística, sin considerar su mérito literario, ó se busca en ellos únicamente la excelencia y propiedad de la dicción castellana, sin tomar en cuenta para nada la naturaleza de sus enseñanzas cristianas: de aquí nace el que tan admirables escritores no sean bien conocidos, ni acertadamente juzgados. Por ventura, esa separación entre las ideas y el lenguaje, ¿podrá ser acertada? ¿Será conveniente?.... Los místicos castellanos han sido los más sinceros de todos los escritores, y en sus obras han vaciado su alma: su alma, con sus afectos, con sus impresiones, está transfundida en sus obras literarias. Los grandes místicos castellanos, ¿eran acaso unos meros artífices de palabras, unos fabricantes de cláusulas, que contornecaban el período y lo peinaban y lo acicalaban, buscando solamente el buen éxito

literario?..... ¡Lejos de ellos semejante pretensión!..... Varones sabios, sesudos, graves, cuyo corazón estaba encendido en amor divino, la palabra les fluía del docto labio, abundante, clara, retratando en ella, como en corriente cristalina, la hermosura de su alma. Se habrían reído desdeñosamente si se les hubiera hablado de lo que ahora hemos dado en apellidar la impersonalidad del arte.

En el libro de las *Meditaciones*, del P. Luis de la Puente, en esa obra sencilla, en esa obra eminentemente cristiana, encontramos, cuando trata de los atributos divinos, conceptos sorprendentes acerca de la belleza que resplandece en las criaturas.—Los encontramos también en otro místico castellano, en las poesías ó *Canciones*, de San Juan de la Cruz: ¿habrá autor más original que este Santo, á la vez místico profundo y poeta delicado?..... ¡Qué figura tan hermosa es en la literatura caste-

llana la de San Juan de la Cruz!..... Su originalidad no tiene antecedentes literarios: no imita á nadie, ni nadie ha podido después imitarle: permanece aislado en su originalidad, de veras contemplativa. Enriqueció á la lira castellana con la cuerda mística, sobre la cual hasta ahora no ha pasado la mano de ningún otro poeta tan delicado como el Santo.

III

Estamos discurrendo acerca del sentimiento de la Naturaleza, considerándolo desde un punto de vista meramente estético, y conviene que digamos algo siquiera sobre la poesía pastoral ó bucólica, que se halla necesariamente relacionada con el sentimiento de la Naturaleza, y su expresión artística mediante el lenguaje articulado.

Apenas habrá un género de poesía menos natural y menos espontáneo que el género pastoral, según la manera cómo ha sido cultivado por los poetas castellanos; todo es puramente fantástico y convencional.—Los pastores son pastores ideales; no existen ni han existido nunca, tales como los han descrito los poetas; las ocupaciones, el método de vida, la condición natural de ellos; sus inclinaciones, sus prácticas pastoriles, sus costumbres campesinas, todo es fingido: nada es real ni verdadero.

Los pastores son enamorados: sus amores son el tema constante y obligado de las églogas castellanas; pero en el carácter de esa pasión tampoco hay naturalidad.—Esos enamorados pastores de las églogas, esas competencias en música y canto, esas escenas campesinas, no son naturales; son ficciones faltas de naturalidad, y en las que el amanera-

miento suele ser el menor de los defectos del estilo.

En cuanto á la descripción de los lugares, no podemos menos de hacer notar que es puramente imaginaria y convencional; no corresponden las descripciones á ninguna zona de la tierra. El paisaje carece de realidad.— ¿Y qué son los pastores de las églogas? ¿Dónde han existido? ¿Á qué momento de la historia de la civilización humana corresponden? Parecen paganos: la mitología greco-romana presta á veces sus dioses á este género de poesía, en el cual todo es ficticio y de pura imaginación.

La poesía bucólica fué cultivada en castellano por pura imitación de la literatura clásica. Virgilio había compuesto poemas pastoriles; los poetas castellanos compusieron églogas: á la influencia de la poesía clásica se añadió también la de la poesía italiana, cuya

ndole había recibido á su vez una notable modificación bajo la influencia del Renacimiento.

Virgilio había sido imitador de Teócrito; pero en Virgilio la imitación se hallaba reestida de tanta gracia, que el género bucólico parece natural y no de pura imitación.— Teócrito fué un gran poeta indudablemente; sus idilios no son todos composiciones bucólicas, pues ha tratado en ellos de asuntos diversos, y sus poemas netamente bucólicos son contados.—¿Qué diferencia hay entre Teócrito

Virgilio, considerados ambos como poetas bucólicos? — Teócrito es de veras original: Virgilio imita. Los personajes de los poemas de Teócrito son seres reales, seres que existen en la sociedad griega de aquella época; el sentimiento de la Naturaleza tiene en Teócrito una realidad hermosa, que encanta; en Virgilio asoma el arte, pero con aquella destreza,

con aquella habilidad admirable que sabe convertir en graciosa originalidad la imitación; el paisaje es natural, una ó dos pinceladas le bastan al gran poeta latino para describir la escena en que hace figurar á sus pastores.

Los poetas castollanos son imitadores de Teócrito y de Virgilio; el género bucólico castellano es un género que no tiene nada de original. Garcilaso se distingue por lo suave de sus sentimientos; es afectuoso y hasta delicado. Valbuena tiene imaginación creadora y describe con colores más vivos; su fantasía es lozana. Meléndez Valdés estaba dotado de sensibilidad y de fantasía; pero tanto ésta como aquélla eran calmadas y no ardientes ni fuertes; su estilo es gracioso y no carece de amenidad; el convencionalismo del género bucólico le estorbaba para ver y sentir mejor, más naturalmente, la hermosura del campo.

El autor del *Don Quijote* fué, sin duda ninguna, entre todos los escritores castellanos, el que poseyó cualidades artísticas eminentes para sentir y para expresar la hermosura de la Naturaleza: su *Galatea* es prueba de lo que Cervantes podía hacer como pintor de escenas naturales.—En la novela pastoral se debe estudiar la índole enteramente ficticia que tomó la expresión del sentimiento de la Naturaleza en el siglo de oro de la literatura castellana. En la historia de la literatura, así castellana como portuguesa, han solido predominar ciertas modas literarias (si podemos expresarnos de este modo), las cuales han estado en boga un tiempo, y después se han desacreditado.—Eso fué cabalmente lo que aconteció con las novelas de caballería y las novelas pastorales; el género bucólico adolece de monotonía, y estaba condenado á agotarse muy pronto.

En Teócrito, ese género de poesía fué original. La realidad de sus pastores, de sus cabreros, se halla embellecida con un cierto colorido ideal que suaviza la nativa rusticidad agreste de los personajes que el poeta pone en escena; Virgilio, á pesar de su delicadeza, queda muy inferior al bucólico griego. Compárese, por ejemplo, el *Cíclope* de Teócrito con la *Égloga segunda* de Virgilio..... ¡Qué cuadro ese tan natural y tan donoso! La ninfa, la traviesa Galatea, cómo se burla del Cíclope; parece que se la ve triscando en la playa y sumergiéndose de repente en las olas. Galatea era una deidad marina; en las olas estaba en su propio elemento, y jugueteaba con el Cíclope y lo dejaba chasqueado.—En la *Égloga segunda* de Virgilio encontramos una prueba de las tristes miserias humanas, que traían enfermas moralmente á las almas en el paganismo.

IV

Hasta aquí hemos discurrido acerca del sentimiento de la hermosura de la Naturaleza, considerándolo en sí mismo, en las circunstancias que lo acompañan y en los efectos que causa en las almas contemplativas: vamos á hablar ahora de los escritores que se han distinguido en la manera de expresar el sentimiento estético de los fenómenos naturales.

Los escritores dotados de inteligencia clara, de imaginación viva y de sensibilidad impresionable, son muy aptos para expresar las emociones causadas por la contemplación de lo bello en los objetos y en las escenas de la Naturaleza.—Hablar de todos los escritores que en estos últimos tiempos han sobresalido en la expresión sincera del sentimiento de

la Naturaleza, sería trabajo muy dilatado y ajeno del fin que en estos *Estudios literarios* nos hemos propuesto: mencionaremos solamente algunos de los más notables, comenzando por Chateaubriand.—El célebre autor de *El Genio del Cristianismo* fué fundador de un sistema literario, el *Romanticismo*, y ha influido poderosamente en la literatura moderna, no sólo de Francia, sino de otras naciones tan cultas y adelantadas como Francia: merece, por lo mismo, que nos detengamos un momento para estudiar las condiciones de su estilo.

Nadie como Chateaubriand ha poseído el arte de trasladar la hermosura de la Naturaleza al estilo en lo escrito. Chateaubriand ha sido maestro en la descripción de escenas naturales, de lugares campestres y de sitios célebres.

La escuela pintoresca de la moderna lite-

ratura francesa no fué fundada por Chateaubriand; la habían iniciado ya tres escritores anteriores, cada uno de ellos notable bajo cierto respecto: Buffon, Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre.

¿Cómo calificaremos á Buffon? Buffon fué.... ¿el pintor de la Naturaleza?—¡Ah! No; cuando escribía, era orador: fué el panegirista de la Naturaleza, cuyo elogio compuso en estilo esmerado y pomposo. Su lenguaje es gráve, lleno de cultura y de hermosura académica. Su gran *Historia Natural* es un museo magnífico: en sus páginas, como en galerías bien ordenadas, están á la vista los cuadrúpedos y las aves: se los ve, se los conoce; la vista se deleita contemplándolos, pero carecen de vida; están ombalsamados, no están vivos. El sentimiento de lo bello en la Naturaleza es en Buffon un sentimiento quieto, tranquilo: es una contemplación demasiado re-

tórica para ser viva. Buffon no ha visto la Naturaleza sino desde el retiro de su gabinete.

En la prosa de Rousseau hay más animación: el misántropo ginebrino ha recibido en su alma el viento que desciende de los Alpes; ese viento ha refrescado la aridez melancólica de su espíritu descontentadizo, y el sople de la belleza ha pasado por sus páginas, dando aire de vida á sus aciagos sofismas. El paisaje de Rousseau es hermoso, sus tintas tienen suavidad, y sus colores son poco vivos, pero frescos.

Bernardino de Saint-Pierre descubre armonías secretas en las escenas naturales, dibuja con destreza y sabe dar á sus cuadros un clarooscuro apacible. En sus descripciones todo parece en calma: la Naturaleza tiene una hermosura serena; al paisaje le falta animación, movimiento, vida; la monotonía perjudica á la belleza.

Bernardino de Saint-Pierre es un dibujante: con mano hábil, con mano de artista, va trazando despacio líneas y rasgos: no manejaba el pincel, pero á veces, sus lápices son lápices de colores.

Las buenas cualidades del estilo de Saint-Pierre, con las dotes que al autor de los *Estudios* y de las *Armonías* de la Naturaleza le faltaban, poseía en sumo grado Chateaubriand.—Chateaubriand es el gran maestro de la escuela descriptiva pintoresca: no era solamente un literato; era un poeta, un pintor, una especie de mago que, armado de la pluma como de una varilla prestigiosa, daba colorido, animación y vida á todo cuanto tocaba: sus descripciones son primorosas, y ha quitado hasta á la Geografía su sequedad antigua, derramando con gracia seductora los encantos de la poesía en la enumeración de los lugares y en la descripción de los mo-

numentos y de las costumbres de los pueblos.

En las descripciones de Chateaubriand los objetos que describe están vivos, se mueven, tienen color, los baña la luz: entre la situación moral del hombre y las escenas de la Naturaleza hay relaciones que sorprenden y cuyo secreto conoce admirablemente. Es curiosa la propensión que tiene á describir el mar, del cual nos ha dado pinturas llenas de contrastes naturalísimos: otro de los objetos que describe muchas veces, y siempre con primor, es la luna. Las noches alumbradas por aquel astro tan apacible y tan hermoso, ahora en la soledad de los bosques de América, ahora en el tranquilo mar de la Grecia, han sido descritas por Chateaubriand de un modo encantador.

El libro en que demuestra la existencia de Dios por las maravillas del Universo es el más hermoso entre todos los del autor de *El*

Genio del Cristianismo. Vió la obra de la creación; la hermosura de lo criado hinchó su alma de admiración y de contento; de lo criado levantó los ojos al Criador, y descubrió en qué estaba el secreto de la belleza del mundo material. Rousseau no quiso ver á Dios en las obras de Dios; Bernardino de Saint-Pierre reconoció la Providencia divina en el orden y en las armonías de la Naturaleza; Chateaubriand vió á Dios en las obras de Dios, proclamó los beneficios de la Providencia y unió su voz á los himnos que el cielo y la tierra cantan al Padre, que está en los cielos. La hermosura de la Naturaleza fué, como no podía menos de ser para el autor de *El Genio del Cristianismo*, un reflejo de la hermosura de Dios.

Hemos dicho que la contemplación de la Naturaleza llenó de contento á Chateaubriand: al asegurar esto, ¿no nos habremos equivo-

cado? La tristeza ¿no es, acaso, uno de los caracteres que realzan más las descripciones de Chateaubriand? Sin duda ninguna; pero la tristeza de Chateaubriand es tristeza de la imaginación y no del corazón, y la melancolía de René es melancolía artística, y no melancolía real. Ese alma altiva vivía ávida de gloria mundana: punzada sin cesar por el aguijón de la ambición de fama, aislada de todo dentro de su propia vanidad, daba ayes; pero esos ayes eran artísticos. En la nota melancólica de Chateaubriand hay demasiado arte para ser natural (1).

Lo precedero de las cosas terrenas, lo ca-

(1) FAGUET, *Estudios literarios sobre el siglo decimonono*. En francés.

ALBERT (Paul), *La literatura francesa en el siglo decimonono*, t. I. En francés.

(Ambos críticos estudian y analizan el estilo de Chateaubriand.)

duco de las grandezas humanas, le hacía impresión profunda, le inquietaba, le amargaba el alma: en las escenas risueñas de la Naturaleza no encontraba tanta poesía como en las tristes y sombrías. La puesta del sol en el mar, contemplada desde la popa del navío que se balancea en las olas; el Océano, que durante la noche muge, se encrespa, se agita; las emigraciones de las aves; las desconocidas ruinas de Esparta, divisadas al comenzar á alumbrarlas los primeros rayos del sol; el chillido del grillo en los desiertos de África: esas son las cosas en que Chateaubriand encontraba poesía y las que pintaba con gracia original y seductora.

En la literatura hispano-americana contemporánea hay algunos escritores que han sabido expresar hermosamente el sentimiento estético de la espléndida y magnífica Naturaleza americana. — Nótase en los escritores

HERMOSURA DE LA NATURALEZA

americanos, y principalmente en los poetas, la influencia de los grandes autores castellanos. Los célebres iniciadores del movimiento romántico en Francia no ejercieron una influencia inmediata en los poetas americanos; esa influencia fué remota, y se ejerció mediante la lectura de los románticos castellanos, muy aplaudidos en América. Zorrilla y Espronceda fueron propiamente los poetas imitados y seguidos en la literatura de las once Repúblicas hispano-americanas.

No sólo curioso, sino interesante, sería el estudio acerca de los poetas y de los prosadores americanos que en sus producciones literarias se han manifestado verdaderamente americanos, mediante la genuina expresión del sentimiento de la Naturaleza propia y característica de la comarca del Nuevo Mundo en que cada autor haya vivido. ¿Qué chocaría es el empleo de la mitología greco-latina

las poesías americanas!..... Si describen sitios, lugares, paisajes americanos, deben describirlos con sus rasgos propios, con sus colores naturales, para que la poesía sea nacional, y no exótica y ficticia.

Entre los viajeros, merece ser recordado aquí el benemérito eclesiástico Víctor Eyzaguirre, cuyos *Intereses católicos en América*, literariamente considerados, son tan preciosos por el sentimiento de la belleza de la Naturaleza americana, que trasciende en sus bien escritas y mejor sentidas páginas. El Sr. Eyzaguirre amaba de veras la América, y es una honra de la Iglesia hispano-americana (1).

(1) EYZAGUIRRE, *Los intereses católicos en América*. Dos volúmenes. Esta obra es á la vez la relación del viaje que por las Repúblicas de la América española hizo el autor á mediados del siglo pasado, y un estudio del estado en que se encontraba la Iglesia católica en aquella época, en las nuevas naciones que se habían formado de las antiguas colonias de España.

En Colombia, el malogrado Caldas fué el primero en cuyos escritos comenzó á reflejarse la belleza del Continente americano. Caldas asociaba con sencillez y con naturalidad, en sus descripciones, la exactitud científica con la hermosura poética. Después de Caldas merecen citarse otros colombianos ilustres, como Isaacs, Díaz y Marroquín, que han sabido dar á la novela de costumbres nacionales el tono y el colorido del paisaje netamente americano. En la *María* (1) se aspira el olor de la tierra fecunda y pintoresca del Cauca; los valles de la tierra caliente, con esa mezcla exuberante de vegetación variada y de sofocante temperatura, hermocean las páginas de la *Manuela*, y los campos de la meseta de

(1) ISAACS, *María*. Esta novela es muy conocida, así en España como en América, y de ella se han hecho algunas ediciones.

Cundinamarca, sus extensos horizontes, sus tierras labrantías, sus herbosos prados, se ven, se recorren en *El Moro*.

Ya antes, en *Las Peregrinaciones de Alpha*, la descripción topográfica de algunas provincias de Colombia había sido hecha con escrupulosa exactitud, sin que lo prolijo en los pormenores perjudicara á la belleza literaria del conjunto.

Casi no ha habido un solo poeta colombiano que no haya cantado al Tequendama: las descripciones poéticas de la asombrosa catarata abundan en la literatura colombiana: unas graciosas y sencillas, con donaire y gracejo, como la de Carrasquilla; otras pomposas, grandilocuentes, como la de Ortiz.

Caro (D. José Eusebio) tiene el gran mérito de haber abierto á la poesía lírica un rumbo nuevo en Colombia: el uso de la mitología clásica en el estilo convencional de la poesía,

desapareció; el amaneramiento académico se trocó en noble y urbana sencillez, y el hogar doméstico, y la familia, y la Patria, fueron asuntos dignos de ser cantados al són de la lira americana. Caro (acaso sin quererlo ni pretenderlo) fué un poeta, no sólo original, sino iniciador de un nuevo modo ó manera poética en la literatura colombiana.

Arboleda carece de habilidad para describir, Arboleda razonaba mucho, tenía facundia y versificaba con suma facilidad; pero su fantasía poética no era muy viva; sentía débilmento, y la belleza del paisaje intertropical se reflejaba algún tanto descolorida en su imaginación. En la lira del cantor de Pubenza había una cuerda especial, la cuerda política, y esa cuerda sí que la sabía hacer vibrar, con airada elocuencia, la musa democrática y altiva del poeta guerrero y luchador.

Entre los poetas colombianos, ninguno tan original como Gutiérrez González: su poema narrativo sobre el *Cultivo del maíz* en las montañas de Antioquia, es la obra más amena, más deliciosa de la literatura colombiana. Todo es americano, todo es local en ese poema: el paisaje se presenta á la vista, lo baña la luz áurea del espléndido sol equinoccial. Parece que el poeta desdeña el arte; mas en esa manera poética, estudiadamente prosaica, consiste el secreto de la primorosa descripción de aquellas escenas campestres, en las que—¿se nos permitirá expresarnos así?—hasta se siente el calor enervante de la abrigada temperatura de la comarca montuosa de los valles antioqueños..... (1).

(1) MARROQUÍN (J. M.), *El Moro*. Nueva York, 1897. (Esta obra es propiamente una novela descriptiva de costumbres colombianas, pero es un libro hermoso y

Esta hermosura nativa de la naturaleza americana fué profundamente sentida y diestramente celebrada por Bello en sus *Silvas* americanas; la poesía de Bello es poesía docta. No pinta ni es colorista: más bien enumera que describe; pero sus enumeraciones poéticas son admirables: elige sus epítetos con tanta habilidad, que en una sola frase,

muy original en castellano. ¿Qué es *El Moro*? Pues *El Moro* es nada menos que la autobiografía de un caballo, narrada por el mismo caballo; invención muy donosa, por cierto, y muy recreativa, desempeñada con una encantadora naturalidad).

DÍAZ (Eugenio), *Manuela*. Novela de costumbres colombianas. París, 1839. Dos volúmenes.

Peregrinación de Alpha. Bogotá, 1853.—El autor fué el Sr. D. Manuel Ancizar, quien recorrió el año de 1850 á 1851 las provincias del Norte en la República de Colombia. Usaba el seudónimo de *Alpha*.

Del poema sobre el *Cultivod el matz* en Antioquia se han hecho varias ediciones, y es obra muy conocida. El autor le dió el título de *Memoria* y no de poema.

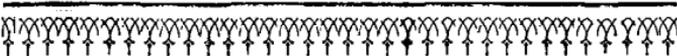
con un calificativo, acierta á dar á las cosas más vulgares un aspecto nuevo y original; los objetos naturales aparecen, no sólo hermo­ seados por la expresión, sino animados, vivos y hasta dotados de afecto. ¿En qué consiste esto? En la habilidad con que escoge las palabras: un adjetivo, un verbo, le bastan para personificar una planta, y así, sus perífrasis son pintorescas y muy hermosas.

La cochinilla es *carmin viviente*, con cuya competencia se quedaría afrontada la púr­ pura de Tiro. El calificativo de *jefe altanero de la espigada tribu*, dado al maíz, no puede ser ni más feliz ni más original: ¿habrá, aca­ so, falta de gracia y de poesía en esos rasgos con que describe el banano, *desfallecido* con el peso de sus propios racimos, de su dulce carga, como dice el poeta?

Nuestra República del Ecuador cuenta con un poeta de un talento notable para la des-

cripción de las escenas de la Naturaleza. La *Cumandá* de Mera fué indudablemente inspirada por la *Atala* de Chateaubriand: la descripción del paisaje ecuatoriano transandino oriental tiene gran mérito, ya por la verdad de lo descrito, ya por el colorido local de la descripción: en *Cumandá* la hermosura de las escenas naturales no está idealizada, como acaso lo está en *Atala*; ni Mera poseía la habilidad para los contrastes, que tanto distingue á Chateaubriand (1). Con todo, la novela de Mera, como obra netamente americana, es preciosa.

(1) MERA (Juan Loón), *Cumandá ó un drama entre salvajes*. Quito, 1879.—Hay de esta obra una segunda edición, hecha en Madrid, 1891.



CAPÍTULO III

Indicaciones literarias.

El progreso de las Ciencias naturales y el sentimiento de la Naturaleza.—La extensión del Universo material.—Tiempos incalculables.—La profusión de la vida en el globo terrestre.—Exclamación á Dios.—La poesía hebraica y la expresión del sentimiento estético de la Naturaleza.

I

os progresos que han hecho las Ciencias naturales desde que para el estudio de ellas se adoptó el sistema experimental, son asombrosos. Los descubrimientos que se han realizado han ensanchado inmensamente la esfera del saber humano; y la Industria, auxi-

liada de las Ciencias, se ha desarrollado tanto, que ahora, en el orbe civilizado, sus proporciones son gigantescas.—El adelanto de las ciencias ha contribuído á que el Universo corpóreo sea mejor conocido. Hoy se tienen ideas más claras acerca de las leyes de la creación material, y se han descubierto algunos de sus más recónditos misterios; pero el conocimiento que, mediante las ciencias de observación, se ha llegado á tener de la creación material, ¿no habrá perjudicado tal vez al sentimiento de la hermosura de la Naturaleza? El progreso de las Ciencias naturales, ¿no habrá agotado acaso una de las fuentes de la inspiración poética?

Esta cuestión es importante, pero se la puede resolver fácilmente.—Nosotros no vacilamos en asegurar que el desenvolvimiento de las ciencias no sólo no es perjudicial á la inspiración poética, sino que es muy favora-

ble á ella; pues las ciencias han hecho conocer mejor la creación material, y la Naturaleza ha ido apareciendo más y más hermosa, conforme ha ido siendo más y más conocida.

El conocimiento que los antiguos tenían de la Naturaleza era corto y no muy exacto; el que se tiene ahora es amplio y conforme con la realidad de las leyes naturales impuestas al mundo por el Criador.

Tres abismos ha abierto la Ciencia moderna: El abismo de la extensión, el abismo del tiempo y el abismo de la vida en el globo terrestre.

¡El abismo de la extensión!..... ¿Quién había de pensar que la Ciencia desconociera al Criador á medida que fuera conociendo más y más la creación?.....

El poder de Dios, el atributo de su inmensidad, se ve representado en las dimensiones inconmensurables de lo criado. ¿Dónde co-

mienza el Universo corpóreo?..... ¿Dónde termina? ¿Dónde acaba? ¿Dónde están sus límites?..... Esto globulillo de tierra desde el cual la vista del hombre se tiende por los mundos que pueblan el espacio, ¿dónde está?..... ¿Qué lugar ocupa en la vasta extensión de lo criado?

El sabio se arma de un vidrio maravilloso: acerca á la lente, clara y límpida, sus ojos, y mira; está como al borde de un abismo y comienza á observar los senos del espacio, que se abren, se ensanchan, se dilatan oscuros y tenebrosos, hasta allá, donde la vista parece que ha dado con las sombras negras del caos primordial..... Ahí está la materia primitiva, y la Ciencia la ha sorprendido en ese estado de diafanidad informe y de triste desnudez que tuvo cuando, á la voz del Omnipotente, salió del fondo de la nada..... En otro extremo, hundida en un fondo obscuro, se deja

ver la nebulosa, que va condensándose en torno de un punto luminoso..... ¡Ah!..... ¡Sistemas planetarios nuevos, mundos que todavía no tienen nombre, se están formando lentamente según las leyes que la sabiduría divina ha dictado á la materia para la formación de los mundos!.....

La mano de Dios ha esparcido esos millares de mundos en las interminables dimensiones del espacio: allá, á la vista, parecen agrupados, amontonados, sin orden ni plan ninguno. ¿Quién conoce el orden secreto de la creación?..... Alzad los ojos al cielo en una noche serena: ese reguero de luz que ciñe la esfera celeste como con un cinturón de diamantes, es la *Vía lactea*: así la han llamado los hombres..... Es un hacinamiento de millares de millones de estrellas de tamaños distintos..... ¡La magnitud de las estrellas!..... Globos de luz, cuyas dimensiones reales aterran á la fantasía

humana, tan hecha á agrandar, á acrecentar el tamaño de las cosas!..... Y esos globos se mueven en los espaciõs celestes, describiendo círculos enormes, dilatadísimos; y giran y dan la vuelta en curvas inmensas, corriendo con rapidez vertiginosa, y volando á sus anchas por los cielos, donde huelgan los sistemas planetarios, sin que choque astro contra astro, sin que tropiece mundo con mundo. ¡Cuán grande, cuán admirable es la extensión de lo criado!.....

Esa magnitud inconmensurable de la Naturaleza obliga á reflexionar en la Majestad de Dios, cuya inmensidad abrumba el alma humana; una extensión cuyos límites no puede ni calcular la imaginación: el silencio profundo de los espacios inmensos, por donde giran, callados y mudos, sin causar ni el más leve ruido, los planetas, llena de asombro á la mente y la hace pensar en la adorable Majestad del Criador.

Y ¿cuántos siglos de duración contará ya el Universo? ¿Cuándo comenzó el tiempo?.... Nadie puede calcular los siglos que han transcurrido ya hasta ahora, desde el punto en que la voluntad del Omnipotente hizo que surgiera la materia del seno estéril de la nada. ¿Cómo se podrán computar los tiempos pasados antes de la creación del hombre? ¿Qué unidad de medida será posible emplear para ese cálculo, que fatiga la imaginación?.... ¿El día? Pero, cuando todavía no había sol, ¿cómo había de haber días?

La Ciencia empuña su barra de hierro, cava el terreno, ahonda, profundiza en la superficie terrestre; voltea las colinas, ahueca los collados, perfora los montes, pone á la vista en toda su desnudez las rocas de la corteza sólida del globo, y sorprende los secretos de la vida en los despojos de la muerte. Desentierra huesos rotos, esqueletos casi pulverizados: los toma

en sus manos, con delicadeza; los mira despacio, los examina detenidamente, y luego, con paciente labor, restaura los animales de una fauna colosal, asombrosa, siglos hace extinguida ya en la tierra. ¡Qué formas tan raras las de esos monstruos desaparecidos de la creación actual!..... ¡Reptiles gigantes, provistos de alas cartilaginosas! ¡Pájaros colosales, cuadrúpedos enormes!..... Y todos éstos vivieron: nacieron, crecieron, se propagaron, lucharon por la vida, se envejecieron, murieron..... ¿Cuántos años de vida disfrutó sobre la tierra cada uno de esos gigantes de la extinguida fauna cuaternaria?..... Para que el globo terrestre adquiriera la temperatura y las condiciones que, para la vida humana, tiene ahora, ¿qué centenares de siglos no habrán transcurrido?..... En la Naturaleza no hay cambios generales súbitos, ni mudanzas violentas, repentinas: todo sigue una marcha pausada,

lenta y serena; y, según leyes necesarias, fijas y constantes, las causas segundas naturales van produciendo sus efectos: el desarrollo de la Naturaleza es solemne, majestuoso.

Si la extensión del Universo material es, pues, como una sombra, por la cual barruntamos el atributo divino de la inmensidad de Dios, la sucesión de las épocas y de las edades del globo nos ofrece una como manifestación de la eternidad.—La Iglesia no ha definido ni ha sancionado ningún cálculo cronológico: la Paleontología nos proporciona auxilios para que formemos algún concepto acerca de la duración de la eternidad.

II

Si la extensión nos obliga á adorar el atributo de la inmensidad de Dios, y si la dura-

ción del tiempo nos sirve para meditar en la otornidad; el abismo de la vida no puede menos de elevarnos á la contemplación de la bondad divina.—Hay sobre la tierra, sobre este planeta, destinado para mansión transitoria del hombre, una profusión tan grande del soberano dón de la vida, que, en rigor, pudiéramos decir que la bondad de Dios ha prodigado la vida. ¡No!..... Dios, no sólo ha prodigado la vida: en la tierra hay un derroche divino de vida..... La bondad de Dios no habría quedado satisfecha con sólo dar la vida: derramó la vida, la repartió con prodigalidad asombrosa; abrió sus manos bondadosas y derrochó la vida..... El hombre distingue las cualidades exteriores de los vegetales y de los animales: divide en reinos los seres naturales, compara unos objetos con otros, forma agrupaciones, los clasifica y los distribuye con método; pero, á pesar de tanta

prolijidad, ¿será posible señalar con precisión el límite que separa á la vida puramente vegetativa, de la vida animal?..... La vida tiene una escala progresiva de perfección admirable, así en el vegetal rudimentario como en la criatura racional humana..... En la tierra hierve, bulle la vida; allí donde á la simple vista no se descubre señal alguna de vida, allí la vida existe, allí está oculta, allí se halla en plena actividad..... Parecía todo solamente materia mineral, gota de agua, esponja prendida á las rocas en el fondo del mar: en ese polvo material la vida está en eflorescencia; esa gota de agua es un océano en cuyo seno se lucha por la vida: ese manojito de esponjas adheridas á las rocas, es un grupo de vivientes. La profusión con que Dios ha derramado la vida es pasmosa..... ¡Oh, Dios mío!..... ¡Oh! Padre nuestro, que estáis en los cielos, ¿cómo no alabaros? ¿Cómo no bendeciros? ¿Cómo

no amaros?..... Abristeis vuestra mano omnipotente, y llenasteis de bienes á vuestras criaturas.....

Retirado en el seno íntimo de vuestra esencia incomprensible, gozabais de infinita felicidad; siendo Vos quien sois, ¿para qué habíais menester de las criaturas? ¿Faltaba algo, acaso, á vuestra gloria?..... Ese himno inefable con que os regalabais Vos á Vos mismo en el silencio adorable de vuestra dichosa eternidad, conociéndoos Vos á Vos mismo y amándoos con amor infinito en el coloquio misterioso de vuestra santa Trinidad, esa era vuestra gloria; pero como vuestra bondad es inmensa, ¡sacasteis de la nada las criaturas para hacerlas objeto de vuestros soberanos beneficios!.....

Las criaturas llevan en sí mismas estampado el sello de vuestra hermosura, y por eso recrean y enajenan nuestra alma: si con la vista de este puñado de polvo; en que aparece

una ligera huella de vuestra hermosura infinita, así se queda arrobada el alma, ¿qué será cuando os vea cara á cara á Vos, piélagó insondable de belleza, de verdad y de bondad?.....

Asombrada, ¡ah!, no asombrada....., estupefacta se queda mi alma cuando pienso en el fin último, en el fin sobrenatural, para cuyo goce y posesión eterna os habéis dignado de criarnos á nosotros los hombres, ¡oh, Señor, infinitamente bueno!

III

En cuanto al sentimiento de la hermosura de la Naturaleza, no hay literatura alguna que sea comparable con la hebrea de la Escritura Santa: á este respecto, la Biblia es única; no hay poesía que compita ni que rivalice con la poesía hebraica sagrada.

Las creencias religiosas de los hebreos, sus ideas acerca de Dios y de sus atributos, sus nociones sobre la Providencia y la elevada filosofía que entraña el dogma de la creación, tal como lo enseña Moisés en el Génesis, y tal como lo creían y lo confesaban los descendientes de Jacob, daban á los poetas sagrados una superioridad inmensa sobre los mismos poetas griegos, tan bien dotados de ingenio y de gusto: de ingenio claro y sagaz, y de gusto fino y exquisito.

Para los poetas hebreos, el Universo material, con todas las criaturas que lo componen, estaba sometido á la soberana voluntad de Dios; todas las criaturas dependían del querer del Omnipotente, y obedecían, sumisas y rendidas, sus mandamientos; todo estaba en orden; la sabiduría divina había impuesto á las criaturas leyes y ordenamientos que ellas cumplían calladas.—En todos los fenómenos

naturales el poeta bíblico descubría la diestra del Altísimo: los poetas paganos no podían elevarse á las sublimes consideraciones á que se encumbraba la Musa bíblica, porque se lo impedía la mezquina idea que de la Divinidad les daba el politeísmo.

En los libros de los Profetas, en los Salmos, y, sobre todo, en el Libro de Job, es donde este sentimiento de la hermosura de la Naturaleza se manifiesta de un modo sorprendente.—En ninguna literatura se encuentra una composición lírica que pueda compararse con el salmo centésimo tercero. ¿Qué es ese salmo, sino un poema lírico, un himno sagrado, en el cual David canta las alabanzas divinas, contemplando la hermosura del Universo material? El Rey salmista recorre el cielo, la tierra, el mar; se fija en los animales; pone su atención en el hombre, y de su arpa inspirada arranca sonos melodiosos; el estro divino le

inflama, y, como el águila de las montañas de Judea, su Musa levanta el vuelo, sube á los cielos, se remonta, se encumbra; en círculos grandiosos se espacia por el ámbito inmenso de todo lo criado..... El pecho le palpita, lleno de admiración por los cuidados, por los desvelos, verdaderamente paternales, de la Providencia divina, hasta para con las criaturas menos dignas, al parecer, de la solicitud amorosa del Omnipotente.

Nos detendremos un momento, y haremos un ligero análisis de este hermosísimo salmo (1).

(1) Este salmo lleva el número ciento tres en nuestra Vulgata: en el texto hebreo tiene el número ciento cuatro. — En verso ha sido traducido por Fr. Luis de León, por González Carvajal y por el Dr. Valdés, poeta peruano; el célebre D. José Amador de los Ríos trabajó también en verso castellano una traducción directa del hebreo, la cual, según nuestro juicio, es muy hermosa.

En la contemplación de las cosas criadas sigue el salmista el mismo orden con que se halla narrada la historia de la creación del mundo en el Libro del Génesis.—El primer objeto que llama su atención es la luz..... ¿Y qué es la luz? ¡Ah, la luz!..... es el ropaje glorioso de Dios, el manto espléndido de Dios..... *Amictus lumine sicut vestimento.*

Al principio, en los primeros tiempos de la creación, las aguas estaban derramadas sobre la tierra; los montes no aparecían; todo lo cubrían las aguas..... Habló Dios, y las aguas, aterradas al oír la voz de Dios, se pusieron en fuga, huyeron despavoridas, se agruparon en la cuenca de los mares, y allí, amontonadas, formaron el Océano..... ¡Qué imagen tan magnífica! ¡Qué personificación tan valiente esa de las aguas huyendo despavoridas al oír la voz de Dios! ¡La voz de Dios, que estalló como un trueno!..... *A voce tronitruí tui formidabunt.*

Á cada cosa le señala Dios su lugar, y en el puesto donde Dios pone cada cosa, allí se está, fija y obediente al mandato divino..... La tierra, el globo terráqueo, en el vacío: en nada se apoya, nada le sostiene; descansa sobre su propio peso, y no habrá poder que lo desequilibre nunca. *Fundasti terram super stabilitatem suam: non inclinabitur in saeculum saeculi.*

Para apagar la sed de las bestias salvajes, hace Dios brotar manantiales de agua pura, corriente en los desiertos..... Los cachorros de las fieras van de noche, en la obscuridad, buscando alimento, y con sus rugidos se lo piden á Dios, á Dios, que se lo apresta, que se lo da. *Catuli leonum rugientes ut rapiant et quaerant a Deo escam sibi.*

Dios ha señalado al Sol el punto donde se ha de ocultar, y el Sol conoce el lugar de su ocaso. Dios le ha prescrito á la Luna cómo

se ha de ir mudando paso á paso. *Fecit Lunam in tempora: Sol cognovit occasum suum.*

Si las aves anidan en los árboles, si los gamos vagan por los montes, si el tímido crizo se guarece entre guijarros, Dios es quien así cuida de sus criaturas; Dios es quien así ha provisto á la conservación de ellas. *Illic passerces nidificabunt: montes excelsi cervis, petra refugium herinacis.*

El mar, grande, espacioso; las naves surcan sus aguas: el mar, ancho de términos; en su seno viven peces innumerables, unos grandes, otros pequeñuelos; la ballena juguetea en las olas. *Hoc mare magnum et spatiosum illic naves pertransibunt: illic reptilia quorum non est numerus: animalia pusilla cum magnis: draco quem formasti ad illudendum ei.*

Todos los animales esperan que á su hora les dé Dios el alimento de cada día: abre

Dios su diestra munífica y los llena de bienes; reciben el sustento que les reparte Dios, y quedan saciados. *Omnia a te expectant ut des illis escam in tempore: dante te illis, colligent: aperiente te manum tuam, omnia implebuntur bonitate.*

No es solamente el alimento, la comida de cada día, lo que todos los animales reciben de Dios; la vida misma la han recibido de Dios, y viven mientras á Dios le place conservarles la vida. La mirada de Dios les da la vida: viven mientras Dios se digna de poner en ellos sus ojos; mas cuando Dios vuelve su rostro, se turban..... Apaga Dios en ellos el espíritu de vida, y perecen, y otra vez se convierten en polvo. *Avertente autem te faciem, turbabuntur: auferes spiritum eorum et deficient, et in pulverem suum revertentur.* ¡El polvo, el polvo, he ahí lo único que es propio de todo viviente! *Pulverem suum:* el polvo, el *polvo*

suyo, el polvo de ellos, he ahí toda la sustancia de los mortales!..... ¡*Pulverem suum*, su polvo!..... Ese solo posesivo *suyo*, *pulverem suum*, con que el poeta sagrado califica al polvo, ¡cuánta energía no comunica á la expresión!

Envía Dios un sopro de vida, y todo respira, todo palpita, todo se anima, todo se pone en movimiento: la faz de la tierra está cambiada. *Emittes spiritum tuum, et creabuntur: et renovabis faciem terrae.*

Si buscamos expresiones enérgicas, el salmista dice que «los vientos son los heraldos de Dios, y que el fuego devorador es un criado, un sirviente de Dios»; de Dios, que, según el salmista, «vuela sobre las alas de los vientos.....»

El bello desorden de la oda, la vehemencia del estilo, la propiedad del lenguaje, la rapidez de las transiciones, la suavidad de los afe-

tos, lo gracioso de las descripciones, hechas con una sola palabra, con un verbo, todo en este salmo es admirable: como poesía lírica, no tiene rival en ninguna lengua.

En los autores sagrados se nota una propensión muy marcada á hablar de los fenómenos atmosféricos: las nubes, los vientos, las lluvias, el trueno, se recuerdan y se describen con frecuencia en los Salmos y en los demás poemas bíblicos. Se hacen también repetidas reminiscencias de la niebla, del rocío, de la escarcha: el agua se emplea, á menudo, como un símbolo hermosísimo y muy significativo. La comarca de Palestina es árida, sin ríos: el calor del sol es terrible, y las tempestades toman un aspecto imponente: el cielo se ennegrece, y los truenos retumban, prolongando solemnemente sus bramidos: en una tierra enjuta en los grandes calores, el agua, las nubes, no podían menos de ser causa de

emociones muy suaves y agradables.—De ahí la comparación de la divina Providencia con los manantiales de agua fresca y cristalina. El panorama de Judea está reflejado en los Salmos.

Ningún poeta lírico, en ninguna lengua, ha personificado con tanta energía y con tanta hermosura, como los poetas bíblicos, á los meteoros y otros fenómenos atmosféricos: les dan vida, les atribuyen afectos, los hacen hablar. En el Libro de Job, los rayos son despachados por Dios; y los rayos parten al instante, y van volando á ejecutar las órdenes de Dios: llegan y estallan, allí, en el punto que Dios les ha señalado; luego regresan apresurados, y, puestos delante de Dios, le dicen: «Hemos aquí, prontos á cumplir tus mandatos.» ¿Habrá cosa más viva, más original?

En el mismo Libro de Job se encuentran las descripciones primorosas, admirables, del

asno montés ú onagro del desierto; del elefante, de la ballena y del caballo: en la descripción del caballo, el historiador sagrado pinta no sólo el exterior, sino la nobleza de su instinto, sus propensiones guerreras y su vehemencia belicosa. Huele de lejos la batalla, dice, olfatea la guerra, y, cuando oye resonar el clarín, exclama: «¡Ah!!!» *Ubi audierit buccinam, dicit: Vah!*

La luz es otro de los objetos naturales que se recuerda casi á cada paso en la poesía bíblica. El profeta Baruch la personifica y la hace acudir, temblorosa, al llamamiento divino.

El espacio celeste, para el mismo profeta, es un campamento: las estrellas, como otros tantos centinelas nocturnos, se mantienen despiertas y vigilantes en el puesto que á cada una le há señalado Dios: en alta noche, Dios las llama, y ellas responden: «Aquí estamos.»

Adsumus. ¿Queréis saber qué es ese temblor con que brillan las estrellas?—Es el estremecimiento con que dan á entender su regocijo: se alegran, se sacuden regocijadas, porque la mano de Dios ha encendido la luz con que ellas resplandecen en el firmamento..... Poesía más sublime que la de la Biblia, no es posible encontrar en ninguna lengua.

El sentimiento de la hermosura de la Naturaleza es una de las más sobresalientes dotes de los escritores sagrados; y la energía con que expresan ese sentimiento, es uno de los caracteres distintivos de la poesía hebraica sagrada: por esto, no ha habido literatura más original ni más nacional que la literatura del pueblo hebreo: á ese respecto, ni la misma literatura griega clásica es superior á la hebrea del Antiguo Testamento.

Con mucha justicia, Herder, en su docto libro sobre la Historia de la poesía de los he-

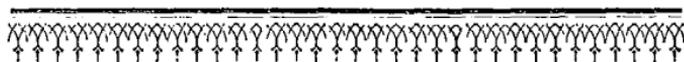
breos, pondera la ventaja que, en cuanto á la expresión del sentimiento de la Naturaleza, tienen los poetas bíblicos sobre los poetas de todas las naciones antiguas, así del Oriente como del Occidente. Los hebreos tenían el alma muy bien dispuesta para sentir profundamente la impresión estética que causa la hermosura de la Naturaleza, con la cual estaban en íntima y constante comunicación, con motivo de la vida agrícola, á la que se hallaban consagrados por las instituciones mismas religiosas de su nación. El pueblo hebreo era esencialmente agricultor.

Su vida se deslizaba en los campos: allí, la vista incesante de los árboles, de las vides, de las palmeras; sus ocupaciones en el pastoreo de los ganados, en el cuidado de los animales domésticos y en las faenas rurales; las vigili-
as nocturnas, durante las cuales pasaban largas horas en el silencio y la soledad de la noche,

velando sobre sus greyes en los apriscos, todo contribuía á familiarizarlos con la Naturaleza, á inspirarles cariño á los objetos naturales, asociándolos á los regocijos y á las tristezas de su vida.— Su imaginación era viva; su fantasía, ardiente; su alma, apasionada y vehemente en sus afectos: ¿no habían de ser poetas?..... Basta leer el Idilio de Salomón para conocer cuán honda era la impresión que la hermosura de la Naturaleza le había causado.

¡Qué poema tan bello es el *Cantar de los cantares* de Salomón! La frescura deliciosa de la sombra donde al mediodía las greyes están sesteando; la brisa que sopla suavemente en los huertos, y pasa dejando el ambiente perfumado de fragancia; manadas de ovejas, blancas, lavadas en la corriente de las aguas; gajos purpúreos de granada, flores olorosas, frutas que confortan el ánimo;—tales son los

objetos con que se muestra familiarizado el divino poeta de esta égloga mística. —Querer seguir hablando de la poesía hebraica, sería engolfarse en un asunto inagotable; basta con las pocas palabras que hasta aquí hemos escrito.



CAPÍTULO IV

Descripciones naturales.

Ensayo de una descripción física del Ecuador, considerando los objetos desde un punto de vista meramente estético.—Rasgos generales.—El agua y sus fenómenos.—Erupciones volcánicas.—La flora equinoccial.—La formación geológica cuaternaria.—Particularidades de la fauna ecuatoriana.—Armonías de la Naturaleza.—Conclusión.

I

EN América, y de un modo particular en el Ecuador, abundan los panoramas naturales hermosos: aquí la Naturaleza es grandiosa, no hace nada en pequeño; en todo despliega fuerzas extraordinarias.—El aspec-

to físico es muy variado y lleno de contrastes: en el centro se encuentra un callejón, que se extiende de Norte á Sur, entre los muros laterales que forman las dos ramas de la cordillera de los Andes: el de Oriente, gigantesco é imponente, almenado de altísimos conos cubiertos de nieve perpetua; el de Occidente, con algunos montes de altura extraordinaria, como el Chimborazo, pero no tan encumbrado como el muro oriental. El llano interandino se hunde en unas partes, formando valles hondísimos; se tiende y dilata en otras, haciendo llanuras y mesetas extensas; ya se levanta, construyendo cerros enhiestos; ya ondula, fabricando colinas de alturas desiguales, de modo que la vista descubre á cada paso espectáculos nuevos. Aquí, rocas desnudas, areniscas, tajadas á plomo; al lado, campos risueños en que amarillean las mieses; allá, páramos solitarios, donde un viento helado

zumba, agitando el monótono pajonal; á no mucha distancia, en los flancos de la cordillera, grupos caprichosos de árboles, cuyas copas balancean, mecidas suavemente por la brisa, que casi sin cesar está soplando en aquellos lugares.

Por el lado occidental, la cordillera va descendiendo como en anfiteatro: sus gradas son desiguales; sus pendientes, bruscas; á su base se tienden llanuras uniformes, cortadas por ríos caudalosos que van á desaguar al Pacífico.—La vegetación, rica, exuberante, viste, como con un manto de verdura, de matices multiplicados el descenso de la cordillera; en los llanos, en las playas de los ríos, crecen el café, la caña de azúcar, el cacao.—El café, ese colono venido de Arabia, embalsama el ambiente con la fragancia que sus jazmines despiden, fecundizados por el reverberante sol del Ecuador. La caña de azúcar, esa otra ex-

tranjera llegada á América en pos de los conquistadores castellanos, vive y prospera como en solar nativo en los ardientes valles ecuatorianos, asociada al oloroso teobroma, indígena del suelo intertropical americano, que antes vivía vida agreste, escondido á la sombra en los bosques equinociales, y que ahora, esclavo de la industria humana, medra acariciado por el trabajo, que lo encierra en vallados de hierro y lo vigila, estimulado con la esperanza de un tributo opimo.

En las sinuosidades de la misma cordillera occidental, allí donde los contrafuertes de la cordillera se abren formando valles abrigados al amor del agua que en riachuelos y torrentes desciende de las cumbres de los cerros, se yergue lozano, en grupos compactos y apiñados, el banano; el verdor subido de sus largas hojas recrea la vista, y la garrulería que forman al soplar el viento, llena de un ruido

apacible la ardiente cuenca del valle. El paisaje occidental cambia á cada instante, y sorpresas se suceden á sorpresas en una naturaleza abrupta y fecunda.

II

Si fijamos nuestra atención en el agua, pronto sentiremos una impresión de susto y de temor con los fenómenos grandiosos que produce ese elemento en la región ecuatorial.—Los cauces de los ríos son ordinariamente muy profundos, y el lecho por donde corren las aguas está erizado de pedrones; hondonadas sombrías, cuyas paredes, en plano inclinado, cubre una vegetación tupida, ocultan á la vista la corriente del río; pero las aguas braman, chocando en las piedras, y el bramido, conforme va creciendo en intensi-

dad, anuncia al viajero que la orilla está más y más cercana.

Muchas veces, en la cima yerma y solitaria de la cordillera, nos hemos puesto á considerar la formación de los ríos y los primeros pasos que dan ellos en su peregrinación al Océano: gotitas pequeñas de agua estaban derramadas en el haz de paja salvaje; cristalinas, nítidas, transparentes, esas gotitas parecía que se agarraban á los filamentos de la brizna de paja, cuando comenzaba á soplar el viento, pero, á medida que arreciaba su fuerza, iban cayendo al suelo, donde se juntaban, y juntas comenzaban á andar, formando hilos delgados de agua; esos hilos débiles caminaban en el más profundo silencio, haciéndose á un lado con tímido comedimiento así que encontraban una piedrezuela ó un tallo de hierba en que tropezar.

Juntándose varios hilos de agua, asocia-

dos corren con más desembarazo; en el descenso de la cordillera, el arroyo es torrente que baja bramando; ya se desgalfa de roca en roca, golpeándose y bufando; ya se precipita como atronadora cascada, desde empinados riscos; ya descansa un momento en tranquilos remansos, y luego da saltos y tumbos por sobre las peñas, que lo comprimen: horas enteras se mantiene oculto, arropándose con un vellón de blanca niebla; de repente, por entre la frondosa vegetación de sus márgenes, se deja ver cual cándido sudario que se descolgara airoso y flotara, jugando con los cambiantes del arco iris, que, con rapidez fascinadora, se forman y se deshacen en el aire; otra vez torna á hundirse en oscuros abismos, se esconde á la vista, se oculta mugiendo, y, á larga distancia, asoma de nuevo, abriéndose paso lentamente por menos pendientes riberas.

En el terreno bajo, principalmente en las comarcas transandinas de la región oriental, el aspecto de los ríos es sobremanera pintoresco. El caudal de aguas aumenta de un modo rápido; la corriente, enriquecida por instantes con nuevos afluentes, se ensancha, rebosa y se derrama, inundando las orillas; entumecidas las olas, se encaraman unas sobre otras, se arremolinan, se hinchan, forman vorágines amenazadoras, caen con precipitación, y bramando sin cesar, ensordecen la selva. En las horas silenciosas de la noche, cuando todo está en calma, se oye el bramido retumbante de las aguas, y ese bramido que resuena á lo lejos es en aquellos momentos el único ruido que interrumpe el silencio solemne de aquellas selvas desiertas y solitarias.

La majestad de las corrientes, cuando los ríos en su descenso han llegado ya á las llanuras de la cuenca del Amazonas, es sorpren-

dente: las orillas de un lado y de otro están muy alejadas; las aguas han callado y pasan arrastrándose en silencio; la vista se espacia, el ánimo se ensancha. En el amontonamiento de las aguas hay un no sé qué tan extraordinario, que el alma se conmueve y entra en una convulsión á un tiempo de alegría y de temor.

III

Pocos espectáculos naturales habrá tan grandiosos como el que ofrecen los cerros nevados en la cordillera de los Andes. Para hacerse cargo de la magnitud y de la elevación de esas moles, verdaderamente estupendas, es indispensable un punto de vista bien adecuado; viéndoles de muy cerca, los cerros más elevados parecen pequeños y se pierde la ilusión de su grandeza.

Lomas puestas sobre otras lomas; eminencias del terreno que van levantándose progresivamente; masas de rocas gigantescas derrumbadas y amontonadas en desorden titánico; quebradas profundísimas de paredes perpendiculares; capas de terrenos dislocadas, presentando á la vista del observador inteligente los efectos de las fuerzas volcánicas; ese es el aspecto de la base sobre que se asientan los grandes cerros nevados.—La vida se va ahuyentando de esas regiones desoladas; las lavas petrificadas se cubren apenas de un musgo rojizo, diminuto; no hay ni un solo ser viviente, y el granito deja ver su superficie negra y dura junto á los bancos de nieve compacta, transparentes y diáfanos como un cristal, y que forman muros macizos, gruesos y fantásticos. La vida no ha subido jamás á esas alturas; en ellas todo es solemne y desconsolador, y el único ruido que se percibe, á in-

tervalos desiguales, es el del agua que, gota á gota, va cayendo de las rocas de hielo conforme de ellas se va desprendiendo perezosamente.

La Naturaleza es avara de los grandes espectáculos en la cordillera de los Andes, y de ordinario mantiene los cerros nevados cubiertos con un velo de nubes densas: de repente, al amanecer, ese velo ha sido retirado, y los suntuosos conos volcánicos se presentan con un manto de plata bruñida, destacándose bajo un cielo azul y transparente. Por la tarde, hay temporadas en que el Cotopaxi y el Tunguragua se muestran ya blancos argentinos, ya violados ó tornasolados, con cambiantes de oro, á medida que va iluminándolos la luz del sol en su majestuoso descenso al Occidente.—Esos juegos de luz en los arreboles vespertinos son de un hechizo delicioso en la meseta interandina.

En ciertas noches, cuando el cielo está despejado, la atmósfera limpia y el aire sereno, los cerros nevados adquieren un tinte de nácar; y, vistos á los extremos del horizonte, alumbrados por la luz apacible de la luna, tienen un aspecto de muda solemnidad, que llena de suave melancolía el alma y la estimula á pensar en sus destinos eternos.

Mas, cuando alguno de esos titanes de la cordillera se enfurece; cuando atiza sus hornos y da impulso á sus calderas, entonces la escena es aterradora: un bramido subterráneo, ronco y prolongado, es la señal de que el monte reaviva su actividad; las detonaciones se suceden unas á otras, y semejan descomunales marejadas que se estrellaran contra la costra terrestre, en los profundos antros del globo; el ruido subterráneo va viniendo como de lejos; crece, aumenta, estalla, y un estruendo como el de innumerables carros,

que rodaran con ímpetu desapoderado, precede algunos instantes al terremoto.... Al ruido sigue la conmoción; las bases de la cordillera se desequilibran, los cerros bambolean, el suelo se agita, unas veces con sacudimientos horizontales, otras con levantamientos bruscos de abajo para arriba; las colinas se trastornan y el cauce de los ríos queda obstruído. Con ímpetu furioso las aguas derriban el dique, saltan y se precipitan, hinchando el álveo, estrecho ya al gran volumen de la corriente, que echa por tierra cuanto encuentra, troncha los árboles y los arrebatata, golpeando las orillas y bramando con ruido aterrador.

No siempre los terremotos en el Ecuador están acompañados de erupciones volcánicas; antes, de ordinario, sucede que éstas se verifican cuando la tierra se mantiene tranquila.—El Cotopaxi se despoja de la cortina de

nubes que lo ocultaban á la vista; el cono gigantesco, con sus formas regulares, se deja ver limpio, con un manto de nieve cuya blancura argentina brilla iluminada por los rayos del sol; todo es silencio, todo parece en calma; de improviso se oye un bramido prolongado y monótono; el ruido se repite, crece; un mugido obscuro sucede casi sin interrupción á otro mugido, y el suelo parece que se sacude conforme la onda sonora se va alojando bajo de la tierra. Un penacho de humo denso comienza á salir majestuosamente por el cráter; sube derecho, erguido, y luego, batido por el viento, se escarmena en la atmósfera; el aire se obscurece, la claridad del día se apaga y una lluvia copiosa de ceniza cae en medio de una aterrante obscuridad.— Los bramidos del volcán continúan; llamas de fuego salen del cráter, se elevan, tiemblan, se doblan, lamen con rapidez las

paredes superiores del cono; las nieves se derriten y torrentes de agua lodosa y de lava encendida bajan tronando; llegan al valle, se derraman, chocan con los edificios; un remolino de lodo, agua y lava, los envuelve, cae sobre ellos, los arrolla, los derriba y arrastra lejos sus escombros.... No hay espectáculo tan aterrador como una erupción volcánica: lo grandioso, lo sublime, anonada al espectador.

La tempestad es otro de esos tremendos espectáculos de la cordillera de los Andes.— Un manto negro de tinieblas se extiende por la atmósfera; se obscurece la luz al mediodía; los rayos culebrean en el espacio, surcando con líneas de fuego la obscuridad; revientan los truenos, y de monte en monte se va prolongando el fragor horrendo, devuelto y multiplicado por los ecos de la gran cordillera; el granizo cae con rapidez, disparado por las nu-

bes; del cielo se descuelga á chorros la amenazadora catarata y el aguacero descende zumbando, arrollado por el viento. Ríos de agua, improvisados, ruedan hirviendo del monte al llano, y todo viviente huye, buscando donde guarecerse mientras las fuerzas de la Naturaleza hacen alarde de sus aterrantés bríos.

IV

En las comarcas orientales transandinas la vegetación intertropical forma selvas dilatadas, bosques tupidos donde apenas penetra durante el día una escasa claridad; enormes árboles de ramas frondosas se levantan á inmensa altura, troncos gruesos yacen por tierra, y sobre ellos crece una verdadera selva de parásitas, que menean lánguidamente sus

hojas de un verde descolorido, faltas de la vivificante luz del sol. Las lianas tejen una red estrecha entre los árboles, pasando de uno á otro y alargando sus brazos para formar de la selva un laberinto impenetrable y sin salida; las gotas de la lluvia caen precipitadamente una tras otra sobre las hojas; el aire se siente tibio, impregnado de una fragancia húmeda, y flores de colores raros engalanan los árboles y las plantas. La luz las pinta y tiñe con colores mágicos, y ellas matizan con su variada hermosura el verde paño con que se arropa la selva.

La obscuridad que reina en los bosques, les da un aspecto grave y solemne durante el día; por la noche, el terror de lo desconocido se apodera del viajero, las tinieblas anublan el espíritu, y la energía del alma se concentra en la imaginación que forja ilusiones, echando de menos los goces sociales. El viento

comienza á soplar; un ruido áspero se difunde á la redonda, y la selva, sacudida, se agita y conmueve en todas direcciones.

La acción del viento sobre los bosques ofrece un espectáculo vistoso cuando se le observa desde un lugar elevado, durante el día: las ondulaciones de ese piélago de verdura se empujan unas á otras; los diversos matices del colorido verdoso forman olas de tamaños distintos, y por encima de esa superficie agitada levántanse las palmas, cabeceando, mecidas por el viento.—De ordinario, los bosques orientales se conservan cubiertos por un grueso envoltorio de nubes que reposan sobre ellos.

En la fauna ecuatoriana, aunque no abundan tanto como en la flora los objetos naturales hermosos, con todo, no faltan algunos que merecen particular atención.

El paisaje no podrá menos de ser asom-

broso si, con el auxilio de la Geología y de la Paleontología, reconstruimos la Naturaleza, y en nuestra imaginación le damos el aspecto que ha de haber tenido en la época terciaria y en los comienzos de la cuaternaria. Imaginemos, por ejemplo, cómo sería la provincia de Imbabura.

Una llanura extensa, pantanosa, cubierta de arbustos, de carrizales y de hierba espesa; unos cuantos monstruos colosales andan vagando por ahí; su piel lanuda, negra, indica que la temperatura es fría y húmeda; con sus enormes colmillos escarban el suelo y lo remueven, buscando las raíces de que se alimentan: son el mastodonte andino, cuyas muelas encontró Humboldt á las faldas del cerro de Imbabura.

Fuertes conmociones comienzan á agitar el suelo: el terreno se infla, se entumece, se rompe, y surgen, una después de otra, las

eminencias que forman las cordilleras. Un impulso poderoso que parte del centro del planeta, las empuja, las echa fuera, las levanta, las encumbra. Sus dimensiones son elevadísimas.

La condición atmosférica cambia: las cumbres de los cerros se llenan de nieve, los aguaceros son diluviales, y las tempestades asombrosas, por las grandes descargas de electricidad.—Un lago enorme de agua dulce ocupa casi toda la extensión de la provincia; el fondo es muy desigual: apenas superficial en unas partes, en otras es profundísimo. Todavía hasta ahora, en Cuicocha, en Yaguarcocha y en San Pablo quedan restos de ese inmenso lago.

Grandes hundimientos del terreno, á consecuencia de terremotos violentísimos, contribuyeron á que el lago fuera desaguándose por el lado del cauce del Ambi: el nivel de

las aguas bajó; un movimiento de vaivén cavó poco á poco el suelo, y, al fin, lo dejó del todo seco: el lago había desaparecido.— La imaginación se fatiga calculando el gran número de siglos que, para que se verificaran estos sucesos, no pudo menos de transcurrir. El hombre, entonces no existía sobre la tierra.

V

En la comarca ecuatoriana viven, como indígenas de ella, el colibrí y el cóndor. El colibrí, el más pequeño entre todos los pajarillos pequeños; el cóndor, el gigante de toda la turba alada, que disputa al avestruz del antiguo mundo el imperio sobre las aves.

Nuestro quinde, el picafior, diminuto de cuerpo, de plumaje que fascina por lo vivo y lo brillante de los colores, cuelga su nido en

lugares silenciosos, donde la sombra templaba los colores del día; se precipita sobre las flores, disparándose con vuelo rápido, y, cuando parece que va á despedazar la flor, apenas la toca con la punta de su lengua imperceptible, y lame pulcramente el néctar que destilan los pétalos, agitando, entretanto, con celeridad las alas y haciendo zumbiar el aire, con la velocidad de su aleteo: no aja las flores, ni las maltrata, se sostiene en el aire, sin posarse siquiera en las ramas.—El verde cristalino y vívido de la esmeralda, centellea en su cuello, y sus espaldas, tornasoladas de azul y de oro, compiten en brillo con el más rico trozo de piedra lapislázuli.—Delicado é impresionable, se retira al mullido abrigo de su nido de musgo, y allí descansa, aletargado, mientras arrecia la época de las lluvias, y no reaparece sino cuando ya ha pasado la estación de los fuertes vientos.

La diminuta pequeñez de su cuerpecillo contrasta con la audacia de su genio, altivo y colérico; presume de valeroso y alardea de pendenciero; embiste con denuedo á los otros pajarillos, los acosa, los persigue, los ahuyenta, y cuando queda dueño del campo, celebra satisfecho su triunfo, lanzando uno tras otro silbidos agudos y estridentes.

En lo más agreste de las cordilleras, en lo más yermo de los páramos, en las breñas de granito, cerca de las nieves perpetuas, allí gusta de tener su manida el cóndor. Adereza su nido en rocas inaccesibles: encaramado en la punta de un peñasco, se está atalayando desde allí el campo á la redonda; de cuando en cuando menea la cabeza husmeando en el viento los efluvios dispersos de su presa. De repente se conmueve, sale de su meditabunda inmovilidad, el ojo se le enciende, la pupila chispea, se sacude, se despereza, abre las gi-

gantescas alas y se lanza á los aires; ya se deja caer de súbito sobre su presa, ya la otea, desde lo alto, cerniéndose majestuosamente en la región de las tempestades; da vueltas, describiendo, con pausado vuelo, círculos inmensos; descende, y pasa rozando con sus alas el borde del abismo; se encumbra y se eleva serenamente, y en la atmósfera clara, despejada, allá arriba, á inmensa altura, se deja ver, con las alas extendidas, horizontales, y casi en completa quietud, guardando misterioso equilibrio con un ligero balanceo. El cóndor es verdaderamente el monarca de los aires; ave ninguna jamás le disputa el señorío; desdeña los valles y vive solitario en los más desiertos riscos de la cordillera. Nuestra República lo ha puesto, como emblema de fortaleza y de valor, en el escudo nacional.

Si consideráramos los objetos en sí mismos y en su relación con el conjunto de todo lo

criado, y si prescindieramos, sobre todo, del temor del daño que ciertos animales pueden causarnos, encontraríamos belleza hasta en los caimanes, en las serpientes y en las arañas.—Observad al caimán: su enorme cuerpo se desploma en el agua; enseñoreado de la corriente, nada con ligereza, se sumerge con agilidad; da vueltas, retoza en los remolinos, y el ancho Guayas le viene estrecho para sus excursiones piráticas; tendido en la orilla, harto de comida, saciado y satisfecho, descansa, poniendo al sol abrasador de la costa, para que se enjugue, la escamosa piel de su vigoroso cuerpo.

La variedad de los reptiles es asombrosa; no lo son menos su tamaño, los colores de que están pintados, sus costumbres, sus instintos. Chateaubriand ha hecho una descripción admirable de la serpiente de cascabel y de la fascinación que sobre ella ejerce la música.

También el crótalo ecuatoriano es sensible á la armonía. Se pára, queda inmóvil, acomoda el oído, se infla; una conmoción agradable parece que se le difundiera por todo el cuerpo; el fulgor de sus ojos se aviva; se enrosca, se retuerce, y al compás de la música, ya se envuelve sobre sí mismo, ya se desdobra, agitando las funestas castañuelas de su cola rugosa, y acompañando las tonadas de la flauta con un chasquido seco é irregular.

Muy despreciables parecen á primera vista algunos animalillos; pero para quien los observa cuidadosamente no lo son. ¿Qué objeto más ruin que una araña?—Sin embargo, examinadla despacio: en los flancos y sinuosidades de la cordillera occidental, donde el bosque es ya tupido y el calor sofocante; en sitios desiertos, alejados del camino, viven ciertas arañas grandes: vierais á la hilandera cómo se afana paramentando con cortinas de hilo

finísimo y lustroso, un agujero; cómo se gallardea, luciendo al aire los visos de oro de su aterciópelado corpezuelo; menudísimas gotitas de agua cristalina chispean á veces como ricos brillantes entre la sedosa felpa de su manto, ya negro como un azabache, ya morado como un lirio.

Hay otras arañuelas pequeñas, pero presumidas; no gustan del suelo, y tejen su red en los árboles: una colonia entera de ellas toma á menudo posesión del naranjo ó del limonero, y cuelga sus toldos de habitación entre las ramas elevadas, como procurando que sus tiendas de campaña estén de continuo perfumadas con la fragancia de los azahares; es de verlas cómo maromean velozmente por los hilos sutiles que han templado de flor á flor, y cómo burlan la fuerza del viento, cambiando aceleradamente la posición del cuerpo sobre la hebra de hilo.

En los valles abrigados abundan unos insectillos fosforescentes: por la noche, cuando ya la obscuridad es densa, comienzan los campos á chisporrotear con un sinnúmero de lucillas, que se apagan y se encienden, suben, bajan, vuelan y se desparraman en todas direcciones. Es que esos animalillos nocturnos se han despertado, y llevando su lamparilla de luz de oro, andan volando y discurrendo por el aire: es para ellos esa la hora de su lucha por la vida, y para eso, ya apagan, ya encienden su traicionero candil.

Hay una armonía admirable de relación entre los animales y el aspecto físico de los lugares en que viven sus especies.—El armadillo, tímido é inofensivo, busca sitios retirados, se guarece en madrigueras profundas, y para salir á buscar su sustento, espera que venga la noche; y cuando ya todo está en silencio, sale callado y hace lejanas excursio-

nes, gateando cauteloso, sin causar ni el más leve ruido.

En riscos calcáreos, áridos, donde una que otra planta mustia y descolorida languidece escasa de jugo vital, allí se domicilia el caracol terrestre. Por la madrugada, cuando al clarear la aurora en el Oriente un rocío tenue humedece el suelo, entonces la tribu va saliendo paso á paso de sus guaridas subterráneas: arrastrando á cuestras cada cual su frágil y quebradiza cobertura, hace su peregrinación á la hoja de algún arbusto, y antes que arrecie el calor del día regresa á su retiro. ¡Ay del imprudente á quien sorprendiera el sol yagando todavía en el campo! Resecada, absorbida en un instante la savia de la vida, quedará muerto en el camino..... ¡Qué cosas tan despreciables, al parecer!..... ¿No es verdad?—El sentimiento de la Naturaleza pasa desadvertido para la generalidad de los espectadores.

Asimismo, no puede menos de notarse la armonía que existe entre el aspecto de los lugares y las condiciones de la voz de los animales y de las aves que habitan en ellos. Hay ciertas temporadas del año en que en los campos reina el silencio: las aves no cantan, y el único ruido que se percibe de continuo es el molesto zumbido de los insectos. Viene la estación de las lluvias, el terreno se humedece, se empapa; el agua no corre, se ha estancado; la intensidad del calor aumenta, es casi insostenible: el llover no cesa durante largas horas; el cielo está obscuro, negro, tenebroso; desde el fondo de los pantanos sale el graznido ronco, gemebundo, dolorido, del sapo que con la humedad se ha despertado de su largo sueño de verano, y empieza á forcejear para salir á la superficie y respirar otra vez al aire libre.—Los campos de la costa son entonces molestos, y las energías del espíritu se ocu-

pan sólo en defender la vida: el sentimiento de la Naturaleza se extingue por completo.

En los bosques seculares, tanto de la región oriental como de la occidental, durante la noche, se oye un murmullo indefinible que aumenta y se difunde por momentos; la soledad adquiere voz y murmura confusamente. ¿Qué es lo que entonces suena? No sabréis decirlo: el petulante é incansable clamoreo de las ranas, el agitado campanileo de los grillos, el chillido inarmónico de las culebras, el zumbido agudo de los insectos, y otros ruidos confusos que no es posible decir de dónde provienen..... De repente sopla el viento: todos los sonidos se funden en uno solo, como que se apagan, se alejan y cesan por un instante. ¡Oh! Señor, casi involuntariamente se nos vienen á la memoria las palabras del Salmista: *Formasteis las tinieblas y fué hecha la noche; durante ella salen á recorrer el campo*

los animales que viven en los bosques.—Posuisti tenebras et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae silvae (1).

La escena cambia: la noche va terminando su curso, y allá por el Oriente comienza á rayar la luz de la aurora; el murmullo cesa, trinan las aves, los cantores del bosque han despertado y llenan el aire de armonía, dando al viento los sonos delicados de sus agresivos arpegios.—Las armonías del Universo material son admirables.

Asombrosa es la variedad y la abundancia de animales en el Continente meridional americano; un tallo de hierba es, á veces, un mundo, donde viven y se agitan animalillos imperceptibles, de formas variadas y caprichosas..... En los bosques vagan en piaras

(1) Del Salmo 103.

numerosas los pecaris, vuelan grandes mariposas luciendo los colores brillantes de sus alas delicadas, sobre las cuales parece que la pródiga mano de la Naturaleza hubiese espolvoreado una menudísima arena de oro; columpia lánguidamente de rama en rama, dando ayes monótonos y desconsolados, el perico ligero, y corre, tronchando la intrincada selva, la danta robusta, que ya se solaza zambulléndose en los ríos, ya retoza, dando saltos y brincos en los carrizales.—Para cada región hay animales propios, indígenas de ciertas y determinadas comarcas donde tienen su solar nativo: el llama se apacienta en las brumas de la cordillera; la iguana corretea, toda ella empolvada, entre los matorrales de la costa, y el cochinillo de Indias, el despreciado cuy, alegra con su ronco murmurio la pobre choza del indio.

Mas ¿cuándo pondríamos término á este

nuestro estudio, si quisiéramos llamar la atención sobre la muchedumbre de objetos naturales que embellecen el suelo ecuatoriano?..... ¿Habéis parado mientes en esas moscas, al parecer tan ruines, que andan volando por los campos? ¿Quién fija su atención en ellas? Pues esos insectillos, tan despreciables, se ufanan de las galas con que los ha hermo-seado el Padre celestial: fijad en ellos vuestros ojos..... ¿Qué es lo que veis? ¿No miráis esa diadema de brillantes que ostentan en su cabeza? ¿No advertís cómo en sus alas transparentes oscilan los cambiantes del arco iris?.....

¡Oh, Criador!..... ¡Oh, Padre Omnipotente!..... ¡Cuán magníficas son vuestras obras!..... ¡El alma se anonada ante vuestra inmensidad, y, por la hermosura de las cosas criadas, rastrea algo de vuestra inefable y santa hermosura!.....



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PREÁMBULO.....	v
ADVERTENCIA	1
CAPÍTULO PRIMERO.— <i>Principios generales.</i> — El sentimiento de la Naturaleza. — Dos estados del ánimo.— Percepción de la belleza en los objetos materiales.—Ejemplos.—Sentidos estéticos.— Condiciones para que los objetos materiales causen emoción estética.— Observaciones críticas.— El punto de vista pagano y el punto de vista cristiano, con relación al sentimiento de la Naturaleza.—La ciencia de las cosas naturales y la Poesía, ¿deberán estar divorciadas? — Relación entre la ciencia y la Poesía.....	5
CAPÍTULO II.— <i>Notas y observaciones.</i> — El Cristianismo y el sentimiento de la Naturaleza. — El Evangelio. — La contemplación de la Naturaleza y el alma de los santos. — Recuerdos y citas históricas.—Los místicos cas-	

	<u>Páginas</u>
tellanos.—Una palabra sobre la poesía bucólica castellana.— La escuela pintoresca en la literatura francesa moderna.— Chateaubriand.— La expresión del sentimiento de la Naturaleza y la literatura hispano - americana.— Escritores y poetas colombianos.— La <i>Cumandá</i> , de Mera.....	27
CAPÍTULO III. — <i>Indicaciones literarias.</i> —El progreso de las Ciencias naturales y el sentimiento de la Naturaleza.— La extensión del Universo material.— Tiempos incalculables.—La profusión de la vida en el globo terrestre.—Exclamación á Dios.—La poesía hebrea y la expresión del sentimiento estético de la Naturaleza....	71
CAPÍTULO IV. — <i>Descripciones naturales.</i> —Ensayo de una descripción física del Ecuador, considerando los objetos desde un punto de vista meramente estético.— Rasgos generales.—El agua y sus fenómenos.—Erupciones volcánicas.— La flora equinoccial.— La formación geológica cuaternaria.—Armonías de la Naturaleza.—Conclusión.....	99

